

Pizarro

Canela

Monterroso

Comino

Goldin

Petit

Sormani

Bayala

Devetach

Andruetto

Cabal

Alonso

Bombini

Suez

Boland

Rep

La Mancha

Papeles de literatura infantil
y juvenil

julio 2000

12

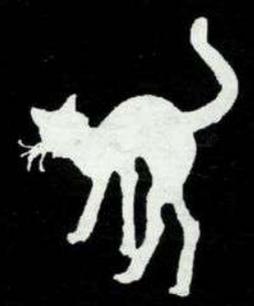
**LOS LECTORES NO DEJAN
DE SORPRENDERNOS**

**EL DESAFIO DE EDITAR LIBROS
PARA NIÑOS Y JOVENES**

**ENTREVISTA:
EMA WOLF**

JAVIER VILLAFAÑE

**LA INICIACION:
SILVIA SCHUJER**





Consejo de Dirección:

Elisa Boland
Gustavo Bombini
Sandra Comino
Nora Lía Sormani

Comité Fundador:

Graciela Cabal
Laura Devetach
Ricardo Mariño
Graciela Montes
Graciela Pérez Aguilar
Gustavo Roldán
Silvia Schujer
Ema Wolf

Colaboran en este número:

Michèle Petit
Daniel Goldin
Canela
Augusto Monterroso
Perla Suez
Samy Bayala
Dora Alonso
María Teresa Andruetto
Cristina Pizarro
Rep

Editor Propietario:

Eric Domergue

Composición: Dana Producciones Gráficas

Impreso en: Gráfica Tacuarí
Tacuarí 524 - (1071) Buenos Aires
Tel./Fax: 4343-4755 / 4345-4768

Distribuye: Centro de Publicaciones Educativas y
Material Didáctico SRL
Av. Corrientes 4345, Capital Federal
4867-2020 - Internet: www.noveduc.com.ar
E-MAIL: noveduc@noveduc.com.ar

Revista cuatrimestral
Buenos Aires - Argentina
Registro de Propiedad Intelectual N° 690882
Derechos reservados.
Las notas firmadas no reflejan
necesariamente la opinión de los editores.
Pueden reproducirse citando la fuente.

La Mancha

Chacabuco 732, 8° piso 47
(1069) Capital Federal
República Argentina
E-mail: ericdom@ciudad.com.ar

Precio: 7 pesos.

SUMARIO

	<i>Página</i>
EDITORIAL	3
PROMOCION DE PROMOCIONES	
Los lectores no dejan de sorprendernos, por <i>Michèle Petit</i>	4
Nuevas reflexiones en torno a la formación de lectores y ciudadano, por <i>Daniel Goldin</i>	8
El desafío de editar libros para niños y jóvenes, por <i>Canela</i>	16
FICCIONES	
La Oveja negra, de <i>Augusto Monterroso</i>	19
Paréntesis, de <i>Augusto Monterroso</i>	19
La tela de Penélope o quien engaña a quien, de <i>Augusto Monterroso</i>	20
Leyenda de las margaritas, de <i>Laura Devetach</i>	21
Tan lejos y tan cerca, de <i>Perla Suez</i>	22
La lluvia, de <i>Samy Bayala</i>	25
La Tentación, de <i>Graciela Cabal</i>	26
La hija del diablo, de <i>Dora Alonso</i>	30
El árbol de lilas, de <i>María Teresa Andruetto</i>	33
LA INICIACION	
Silvia Schujer: "Confieso que he leído"	35
ENTREVISTA	
Ema Wolf: Refugio formidable de lectores, por <i>Elisa Boland</i>	36
LA PAGINA DE ALIJA	38
FIGURAS	
Javier Villafañe: La alegría de contar nunca muere, por <i>Sandra Comino</i>	39
BIBLIOGRAFICAS , por <i>Gustavo Bombini</i> y <i>Sandra Comino</i>	41
Crítica, por <i>Nora Lía Sormani</i>	44
Premio Pregonero 2000	45
SALDOS & RETAZOS , por <i>Elisa Boland</i>	46
TEMAS	
Poesía: transformación y libertad, por <i>Cristina Pizarro</i>	48
LA ULTIMA	50
HUMOR , por <i>Rep</i>	51

Diseño de tapa: Juan Manuel Lima

Edgardo

Promoción de promociones... Según el diccionario “promover” expresa progreso: a favor de, proseguir, hacer que principie cierta acción. Activar una acción que se encuentra paralizada o amortiguada.

En el caso que nos ocupa, equivaldría a mover, iniciar, activar la acción a favor de la lectura. Cabe advertir que otra acepción indica “producir cierto suceso que lleva en sí agitación o movimiento”.

Hablar de la Argentina de hoy en la promoción de la lectura nos lleva irremediablemente a preguntarnos quiénes son los responsables de una genuina activación a favor de ciudadanos lectores. Genuina porque sabemos de la tendencia recurrente de las instituciones y campañas a una agitación que nos sumerge, paradójicamente, en la parálisis más desesperanzada.

¿Por qué leer hoy? o ¿por qué enseñar hoy? La razón más general, ya conocida, pero aún válida, es que lo que hoy enseñamos va a ser determinante para formar personas libres. Será oportuno pensar en este objetivo para no caer presas de la ilusión de un futuro de bienestar que llega por sí solo, ni tampoco caer en la sensación de desesperanza y de no posibilidad de cambio en que a veces nos sumerge el discurso de la globalización. Escuela, biblioteca y otras instituciones, campañas, mercado, el Estado, las empresas... ¿Qué relaciones entablan entre sí y a su vez con la lectura? ¿Quién podría darnos una respuesta?

La escuela debe proporcionar un elemento de democratización fundamental: que el conjunto de la población posea bases culturales sistemáticas sólidas que le permitan acceder luego a cualquier aspecto de la cultura. La escuela es un primer lugar para aprender a leer, a descifrar un texto, y ser alfabetizados. Pero, como afirma de Michel Certeau: “*La grafía sólo labra y abre la anticipación*”. ¿Quiénes continuarán propiciando el camino de la cultura, de la lectura? ¿Quiénes dicen propiciarlo y lo entorpecen por ignorancia? ¿Y quiénes se dedican a pensar dónde y cómo poner las trampas para que todos caigamos?

Así encontramos a los que reflexionan y saben qué significa la lectura en la vida de las personas y están los que pregonan las bondades de la lectura desde una mirada autoritaria y mezquina y, a su vez, desde una estructura de pensamiento rígida y comercial. De ahí a bastardear la reflexión y las acciones más genuinas no hay más que un paso.

Todavía sigue presente, por un lado, una representación de la lectura mecánica y decodificadora y por otro, una concepción que apela a una supuesta libertad del lector para fijar sentidos. Se cree que el lector establece lecturas espontáneas, caprichosas, elegidas. Esta creencia estaría sosteniendo esa llamada “lectura por placer”, donde el lector queda en el umbral del texto.

No existen investigaciones cualitativas de las prácticas de lectura que den cuenta de los hábitos, de las frecuencias, de la apropiación de los textos. No hay un marco de instituciones oficiales que favorezca y acompañe económicamente “esta movida”, y en esto, la Universidad también es una gran ausente, en tanto no se ha ocupado de los llamados consumos culturales.

Por qué cuesta tanto pensar estas cuestiones en términos y acciones de una política cultural y educativa, con real sentido social y hacia una concepción más cercana de utopía igualitaria.

Por qué nos cuesta encontrar referentes culturales válidos que nos ayuden a pensar. A propósito, muchos de los escritores –y no precisamente los que escriben “para niños”– cuando aparecen en los medios hacen gala de su estupidez, confunden ser perspicaces y lúcidos, con el chiste fácil o la respuesta grosera, aunque sólo sugerida. Opinan con total impunidad y soberbia sobre cualquier cosa. A veces nos preguntamos si la gente cree que eso es cultura y si los niños, que rodean a esos adultos escritores y lectores, están convencidos de seguir el camino que les muestran sus padres, maestros y otros adultos con quienes conviven, o comprenden que en el futuro, y desde ahora, deberán tomar ellos las riendas de la cultura para que sea de verdad y **no vanidad de vanidades**.



En el marco de las Jornadas previas al Congreso Mundial de Editores, realizado en Buenos Aires, ALIJA fue invitada a organizar dos mesas sobre la promoción de la lectura, que se concretaron el día 29 de abril. De los trabajos presentados por los expositores que participaron en esa jornada son los textos de Michèle Petit, Daniel Goldin y Canela.



Los lectores no dejan de sorprendernos

por Michèle Petit

Debo recordar que "promover la lectura" es una idea reciente. Durante mucho tiempo, en numerosos países, la preocupación se orientó más bien hacia los peligros que podía traer una amplia difusión de la lectura.¹ En Francia, la Iglesia, los notables, el sector patronal e incluso una parte de las élites obreras se esforzaron por alejar a los pobres, en particular, de los riesgos de la lectura no controlada. Pero la desconfianza hacia la lectura tenía también amplia difusión en los ámbitos populares, tanto rurales como urbanos, donde los lectores tenían fama de tráfugas. Hasta después de la Segunda Guerra mundial se leía con frecuencia bajo las sábanas, a escondidas, con ayuda de una linterna. O a veces a la luz de la luna, como nos contaba una mujer en el campo.

En nuestros días tenemos la impresión de que el gusto por la lectura debe abrirse camino entre lo "prohibido" y lo "obligatorio", al menos en Europa. En mi país todo el mundo se lamenta sobre el tema: "los jóvenes no leen nada", "se lee cada vez menos", "¿cómo hacer para que lean?" Y podríamos interrogarnos acerca de los efectos complejos, ambivalentes, de esos discursos alarmistas y convencionales de elogio de la lectura. Ya sea que provengan de los poderes públicos, de los docentes, de los padres o de los editores, pueden ser percibidos como otros tantos mandamientos, como testimonios de impaciencia, de una voluntad de control, de dominio. "Debes amar la lectura" o dicho de otro modo, "debes desear lo que es obligatorio". Esos discursos dejan poco espacio para el deseo, están a menudo cargados de angustias, y el niño o el adolescente lo sienten. Escuchando cómo algunos adolescentes, de diferen-

tes medios sociales, hablan de su escaso gusto por la lectura, quedé sorprendida por sus discursos muy culpables, muy "versión oficial": "yo sé que tendría que leer", "yo sé que no leo bastante". Estábamos en una situación de carga pública, donde había que leer para satisfacer a los adultos. La lectura, que para las generaciones anteriores fue a menudo un gesto de rechazo, de resistencia, es percibida por los adolescentes de hoy como un gesto aséptico, de conformismo, de sumisión.

También podemos interrogarnos sobre ciertos recursos por medio de los cuales se trata de "reconciliar", como se dice, a los adolescentes con los libros. En Francia, para tomar un solo ejemplo, se ha introducido la literatura juvenil en la escuela media.² Los chicos son invitados a confeccionar fichas de lectura sobre libros que, hasta ayer, eran de su ámbito privado —si podían tener acceso a esos libros. Pueden ser invitados también a expresar ante sus compañeros las emociones que esos libros han despertado en ellos. El psicoanalista René Diatkine decía que "Lo que más atenta contra el gusto por la lectura es la indagación, una intrusión indelicada en un espacio donde todo es particularmente frágil".³ Y recordaba que la parte de no-dicho de un cuento o de un texto literario, que es librada a la fantasía de cada uno, nunca debería ser objeto de indagación por parte de un adulto. Eso no significa que la literatura juvenil no tenga un lugar en la escuela media, y ese tema de las relaciones entre lectura y escuela es muy complejo. Pero me parece importante que existan espacios diferenciados: por un lado la escuela, por el otro las bibliotecas, de preferencia extraescolares, que dejan lugar para el secreto, para la

libre elección, y son propicias para los descubrimientos singulares.

Ampliando la idea, hay algo en la lectura que no es compatible con la idea de programación, de promoción. ¿Se le ocurriría a alguien promover el amor, por ejemplo? ¿Y encargar el tema a las empresas o a los Estados? Sin embargo esto existe. En Singapur, donde conduje investigaciones hace unos quince años, el Estado fletaba barcos de amor y los ejecutivos de empresas, solteros de ambos sexos, eran insistentemente alentados a embarcarse en esos cruceros. Me parece que este sería un buen método para fabricar todo un pueblo de frígidos.

Pero mi comparación no se sostiene. Si bien en los dos casos se apunta al deseo, a lo íntimo, la mayoría de las personas, cualquiera sea su cuna, saben en mayor o menor medida qué hacer con su cuerpo sexuado y frágil y con su corazón impetuoso y vacilante – a veces ayudándose con experiencias de otros, halladas en los libros. Por el contrario, muchos hombres y mujeres jamás se acercarán a los libros. Creen que allí hay un mundo que no es para ellos.

Sin embargo, el deseo de pensar, la curiosidad, la exigencia poética o la necesidad de relatos no son patrimonio de ningún grupo social. Y cada uno de nosotros tiene derechos culturales: el derecho al saber, pero también el derecho al imaginario, el derecho de apropiarse de bienes culturales que contribuyen, en cada edad de la vida, a la construcción o al descubrimiento de sí mismo, a la apertura hacia el otro, al ejercicio de la fantasía, sin la cual no hay pensamiento, a la elaboración del espíritu crítico. Cada uno y cada una tienen derecho a pertenecer a una sociedad, a un mundo, a través de lo que han producido quienes lo componen: textos, imágenes, donde escritores y artistas han tratado de transcribir lo más profundo de la experiencia humana.

Y las entrevistas que he realizado con lectores de distintos medios sociales me han enseñado que la experiencia de la lectura, si uno tiene la suerte de acceder a ella, no difiere según la pertenencia. Hay personas provenientes de ambientes modestos que serían "pequeños lectores" en términos estadísticos, pero esos lectores han conocido en toda su extensión la experiencia de la lectura: quiero decir que han accedido a sus diferentes registros y que han encontrado en particular, en un texto escrito, palabras que los han alterado, palabras que han trabajado en ellos, a veces mucho después de haberlas leído.

Pero si la experiencia de los lectores no difiere radicalmente según los medios sociales, lo que sí di-

fieren son los obstáculos. Para unos todo está dado al nacer, o casi todo. Para otros, la distancia geográfica se agrega a las dificultades económicas y a los obstáculos culturales y psicológicos. Para quienes viven en barrios pobres, en los suburbios de las ciudades, los libros son objetos raros, poco familiares, investidos de poder, que dan miedo. Están separados de ellos por verdaderas fronteras, visibles o invisibles. Y si los libros no van a ellos, ellos nunca irán a los libros.

Muy a menudo en esos ambientes, las únicas ocasiones de contacto con los libros se dieron en la escuela, y eso puede traer malos recuerdos, recuerdos de fracaso o de humillación. Muchas personas se sienten incompetentes o avergonzadas delante de un libro; tienen la impresión de que ese privilegio pertenecerá a otros, a los que tienen recursos.

Esto es aún más cierto porque en los ámbitos donde impera una economía de subsistencia alguien puede sentirse culpable cuando lee, ya que es una actividad cuya "utilidad" no está bien definida; también puede sentirse culpable porque para leer se aísla, se retira del grupo. Es una actividad con fre-



cuencia mal recibida en los medios populares, donde la gente se agrupa codo a codo para lo mejor y para lo peor, donde se valoran más las actividades compartidas y donde no se dispone de tiempo, ni de espacio, para sí mismo.

Esas fronteras que separan de los libros, esas interdicciones que aumentan las dificultades, no desaparecen solas: por el contrario, en nuestra época la segregación y el confinamiento se acentúan por doquier. La televisión y la radio penetran en los espacios relegados, y hasta pueden ocupar allí todo el tiempo "libre". Pero con el libro y los textos impresos no ocurre lo mismo. No hay muchas ocasiones de tocarlos o de ver gente que lee. Los libros son como extranjeros, están en templos lejanos, adonde muchos nunca se atreverán a ir, porque saben que no van a estar en su lugar y que no sabrán cómo hacer.

Y es allí donde la "promoción de la lectura", pa-

ra retomar esta expresión, recobra su sentido. Cuando alguien no ha tenido la suerte de disponer de libros en su casa, de ver leer a sus padres, de escucharlos relatar historias, las cosas pueden cambiar a partir de un encuentro. Un encuentro puede dar la idea de que es posible otro tipo de relación con los libros. Una persona que ama los libros, en un momento dado desempeña el rol de pasador. De un modo informal, puede ser alguien cercano que ha tenido acceso a la lectura, puede ser alguien de otro medio social que uno conoce por la vida de relación o por la militancia. Puede ser algunas veces un docente, en una relación personalizada, singular. O puede ser un bibliotecario, un trabajador social el que va a dar a otra persona la ocasión de tener un contacto directo con los libros y de manipularlos. Y también va a encontrar las palabras para legitimar el deseo de leer, e incluso revelar ese deseo. Por lo tanto es preciso multiplicar las posibilidades de mediación, las ocasiones de producir tales encuentros.

Así, abrir tiempos, espacios, donde el deseo de leer pueda abrirse camino, es una postura que hay que mantener muy sutilmente para que esto dé libertad, para que no sea sentido como una intrusión. Esto supone, por parte del mediador, un trabajo sobre sí mismo, sobre su lugar, sobre su propia relación con los libros. Para que alguien no diga: "pero este... ¿qué quiere? ¿ por qué me quiere hacer leer?"

Y no se trata de lanzarse a una cruzada para difundir la lectura — sería la mejor manera de ahuyentar a todos. Ni tampoco de seducir, de hacer demagogia.

Con respecto a este tema, otra actitud errónea sería, según mi opinión, pensar las cosas en términos de "necesidades" o de "expectativas", y de lecturas capaces de satisfacer esas necesidades y esas expectativas. A menudo, en los medios donde leer no es habitual, los mediadores intentan enganchar a la gente con libros que supuestamente tienen que ver con ellos. Pero después no siempre se les da ocasión de pasar a otra cosa, de ampliar su universo cultural. Entonces los vemos condenados para siempre al punto de partida.

Por otra parte, en todos los ámbitos, editores y mediadores especulan sobre las "necesidades" de los jóvenes y se esfuerzan por adherir a esas supuestas necesidades. Entonces quisiera recordar, evocando las enseñanzas del psicoanálisis, que no hay que confundir deseo y necesidad, reducir el deseo a una necesidad, porque de ese modo fabricamos anoréxicos. Un escritor, un ilustrador no encuentra lectores, jóvenes o menos jóvenes, a partir de lo que él imagina que son sus "necesidades" o sus expectativas, sino dejándose trabajar por su propio deseo, por su propio inconsciente, por el adolescente o el niño que fue. Dejándose llevar también por las cuestiones del presente. Esto habla, según mi modo de ver, de los límites de esos libros escritos a medida para satisfacer tal o cual supuesta "necesidad" de los niños o de los adolescentes. Los libros que más les dicen algo son aquellos donde algo pasa de inconsciente a consciente. Y felizmente, eso se nos escapará siempre, en gran medida.

Yo suelo decir que nunca se podrá confeccionar una lista de los libros más aptos para ayudar a los niños y adolescentes a construirse a sí mismos. Si me remito a las entrevistas que he realizado ¿quién podría suponer que el filósofo Descartes sería la lectura preferida de una joven turca preocupada por escapar de un matrimonio de conveniencia? ¿o que sería la autobiografía de una actriz sorda la que permitiría a un joven homosexual asumir su propia diferencia? ¿o incluso que los sonetos de Shakespeare inspirarían a un joven obrero de la construcción laosiano para escribir canciones?

Nunca es cuestión de encerrar a un lector en un casillero, sino más bien de lanzarle pasarelas, o mejor aún de darle ocasión de fabricar sus propias pasarelas, sus propias metáforas. Efectivamente, cuando escuchamos a los lectores nos sorprende el hecho



UNA HISTORIA QUE TE DARÁ VUELTA



Ediciones El Hacedor



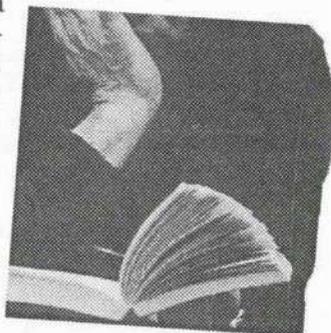
Ediciones del Cronopio Azul

GUARDIA VIEJA 3763 - PB "A"
(1192) BUENOS AIRES
TEL.FAX: 4862-0113

de que los hallazgos, los relatos y las frases que les hablan, que los desvelan, que les ayudan a dar un sentido a sus vidas y a resistir a las adversidades, resultan a menudo inesperados. No necesariamente un lector privilegia un libro que se adapta a su propia experiencia. Por el contrario, una gran cercanía puede ser percibida como una intrusión. Y quizás sean las palabras de un hombre o de una mujer que hayan pasado por pruebas muy distintas, a veces en épocas antiguas o en otros rincones del planeta, las que procurarán a ese lector una metáfora de la que extraerá nuevas fuerzas.

No lo olvidemos, el lector no consume pasivamente un texto; se lo apropia, lo interpreta, modifica su sentido, desliza su fantasía, su deseo y sus angustias entre las líneas y los entremezcla con los del autor. Y es allí, en toda esa actividad fantasmática, en ese trabajo psíquico, donde el lector se construye.

Daré dos ejemplos más de esos encuentros sorprendentes e imprevisibles. Tomo el primero del escritor franco-español Miguel del Castillo. Le oí contar por la radio que durante su infancia, en tiempos de la Guerra Civil, su madre salía cada noche a las once para ir a trabajar a la radio. Cada noche se oían descargas de fusilería. Y su madre le había dicho: "Si una noche no oyes nada, es que la ciudad habrá sido tomada, me detendrán, me fusilarán, y tú deberás ir a la embajada de Francia". Y él librado a esa inmensa angustia de muerte, de separación, cada noche leía. Leía... Las mil y una noches. Al igual que Sheherazada, repelía la muerte a fuerza de cuentos.



Tomo el segundo ejemplo de una escritora, Martine Le Coz. Escuchémosla: "En otros tiempos integraba una secta cristiana. Tenía algo más de dieciocho años. Toda forma de expresión individual era condenada o amordazada. La congregación se reunía en torno de un Libro único, *la Biblia*, combinado con comentarios estrictamente autorizados. Tras cinco años de sumisión, mi rebelión consistió en reabrir un espacio de lectura. El primer libro fue el de

François Cheng (*Vacío y lleno. El lenguaje pictórico chino*)." François Cheng es un gran sinólogo contemporáneo que escribió mucho sobre la pintura y la

Michèle Petit es antropóloga e investigadora del Laboratorio Dinámicas Sociales y Reconstrucción de Espacios, de la Universidad de París I. Autora del libro *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, F.C.E., 1999.



escritura chinas. Cito nuevamente: "De joven me gustaba dibujar. Retomé la senda del dibujo y seguí la enseñanza de los pintores chinos. Mi grafismo era rígido y cerrado, según la impronta de la secta que había dejado. Yo estaba bastante segura de mi tra-

zo, pero desconocía las fuerzas secretas del blanco. Aprendí a abrir las líneas para liberar los soplos, y también a perderlos bajo la aguada. Renuncié a mi control y cedí al vacío. Y tiré agua sobre mis dibujos, buscando la emoción y la sorpresa, para darle una oportunidad a lo maravilloso, y a la alegría ante lo que no viene de nosotros."

En fin. La lectura es algo que se nos escapa. A ustedes editores o mediadores, a mí investigadora. A los docentes, a los bibliotecarios, a los padres, a los políticos. E incluso a los lectores. Todo lo que pueden hacer los pasadores de libros es, por supuesto, introducir a los niños —y a los adultos— a una mayor familiaridad, a una mayor naturalidad en el acercamiento a los textos escritos. Es transmitir sus pasiones, sus curiosidades, y cuestionar su profesión, y su propia relación con los libros, sin desconocer sus miedos. Es dar a los niños y a los adolescentes la idea que entre todas esas obras de hoy o de ayer, de aquí o de allá, habrá seguramente algunas que sabrán hablarles, a ellos en particular. Es proponer a los lectores múltiples ocasiones de encuentros y de hallazgos, encuentros inéditos, imprevisibles, con una parte de azar, ese azar que a veces hace tan bien las cosas. Donde también la transgresión encontrará su lugar. Ya que si tantos lectores y lectoras leen por la noche, hoy todavía, si leer es a menudo un gesto de las sombras, no es sólo por una cuestión de culpabilidad: ellos crean así un espacio de intimidad, un jardín a resguardo de las miradas. Leen en los bordes, en las riberas de la vida, en los linderos del mundo. Y no dejan de sorprendernos.

(Traducción Miguel y Malou Paleo de la *Embajada de Francia en Buenos Aires*)

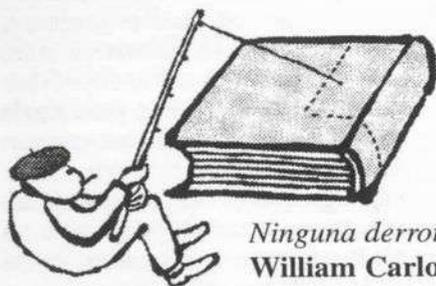
Notas:

1. Véase particularmente Anne-Marie Chartier et Jean Hébrard, *Discours sur la lecture: 1880-1980*, Paris, Bibliothèque Publique d'Information/Centre Georges Pompidou, 1989.
2. Véase particularmente *Lecture privée et lecture scolaire*, Grenoble, Centre régional de documentation pédagogique, 1999
3. René Diatkine, *La formation du langage imaginaire*, Les Cahiers d'ACCES, Paris, n° 4, p. 24.
4. *Une bibliothèque d'écrivains*, Paris, Editions du Rocher, p.68.

Conocer, celebrar y transformar: veinte años. Nuevas reflexiones en torno a la formación de lectores y ciudadano

por Daniel Goldin

*A la memoria siempre renovada de Norman Sverdlin
Para Gabriela Goldin, que nunca lo conoció*



Ninguna derrota es enteramente una derrota
William Carlos Williams

Cuando era adolescente estaba de moda la conciencia. Para los que participábamos de ese discurso el mundo se dividía en dos: conscientes e inconscientes. Si uno estaba del lado de los conscientes se sentía salvado, aunque paradójicamente eso significara sufrir depresiones o angustias mientras muchos inconscientes gozaban balanceándose en una mecedora, con los ojos cerrados o fijos en una pantalla boba.

Bien a bien no sabíamos qué quería decir ser "conscientes", pero algo teníamos claro: que debíamos sentir como propia la suerte de otros y que por algún lado debíamos abrir una grieta, una fisura en nuestro aletargado entorno para dejar entrar la mierda del mundo, e inducir a los otros a transformarlo.

Desde luego, ser conscientes implicaba una forma de distinguirnos, de ser parte de un grupo y encontrar un lugar en la manada, como lo han hecho y lo harán todos los jóvenes de esta y otras especies. Pero no por eso era, como ahora se quiere hacer pasar, una mera extravagancia para hacerse notar.

En ciertos países —Argentina, por ejemplo—, para algunos adolescentes estar del lado de los conscientes podía significar estar dispuesto a matar y, para muchos más, ser susceptibles de ser asesinados y arrojados al mar o a una fosa común. Pero incluso en contextos menos extremos, para los que queríamos estar del lado de los conscientes, la vida revestía una gravedad insidiosa. También la lectura.

Inconscientes y ridículamente solemnes como éramos, los adolescentes que participábamos de ese discurso sentíamos que en los libros se debía algo más que unas horas de ocio placentero. Que no se podía leer cualquier cosa.

Recuerdo con claridad cómo llegó a mis manos un libro ejemplar en este sentido: *Las venas abier-*

tas de América Latina, de Eduardo Galeano, recomendación indirecta de mi padre; es decir: libro dejado en la mesa después de haber manifestado parcamente su interés. Extraña forma de inducir a la lectura, pero eficaz al fin.

Lo leí, lápiz en mano, subrayando párrafos con indignación y excitación. Sentía que era un texto que todo el mundo debía conocer y me imaginaba hablando de él en el auditorio de mi escuela, el colegio Hebreo Tarbut. Quería restregarle a muchos de mis compañeros una historia que se nos había ocultado y que debíamos conocer.

Pero también podría hablar de otras luchas y otros ámbitos, de la lectura de Breton, de Nietzsche, de Cortázar, de Pessoa y de cómo estas lecturas febriles me hacían sentir que en los libros tenía un aliado en una ingente lucha contra el mundo.

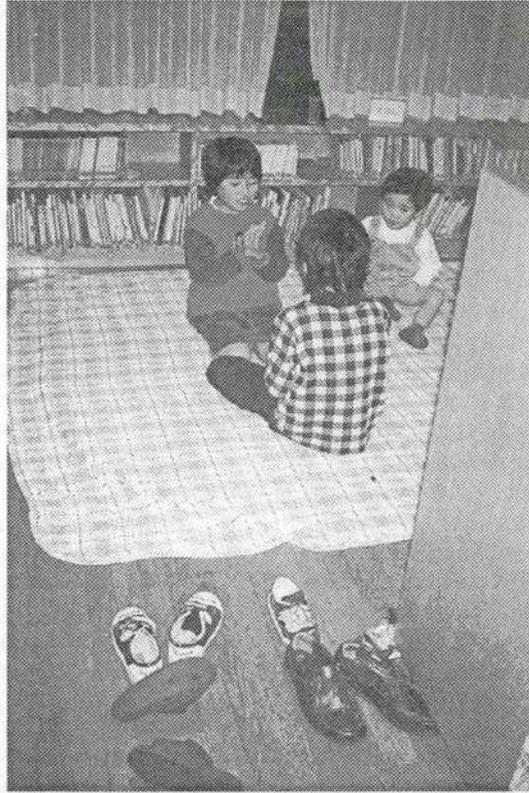
Ya para entonces muchos de mis compañeros y yo usábamos la greña larga, calzábamos huaraches, comprábamos revistas, estudiábamos marxismo en pequeños círculos, asistíamos a talleres de poesía y algunos sábados íbamos a escuchar música clásica o folclórica. Ser consciente era también ir a ver películas de Bergman o Fellini, y luego discutir a Marcuse para no ser nunca seres unidimensionales, pues, en el fondo, siempre se trataba de eso: de rehusarnos a aceptar lo aparente como cierto y lo cierto como inamovible.

Y para esto nos ayudaba lo mismo el Gran Cronopio empeñado en combatir la Gran Costumbre; Nietzsche, fustigándonos con el látigo de Zarathustra; Freud, con su implacable sospecha; Ariel Dorfman, sagaz desenmascarador del Pato Donald, y sobre todo la poesía: Vallejo estrujando el dolor y las palabras; Huidobro, al procurar hacer lo mismo con las imágenes; el melancólico Eliot que era todos y

era nadie midiendo su vida en cucharillas de café; la ironía rabiosamente dulce y desgarrada del Gran Cocodrilo, Efraín Huerta; o el mismo Catulo, preciso y apasionado, fresco a pesar de los milenios. Sí, abrir una puerta, cepillarse los dientes, desenmascarar a Walt Disney y las aguas negras del capitalismo o jugar a reinventar el amor contabilizando besos imposibles. Cada ocasión era propicia para escenificar una batalla.

Cada uno de los autores que leíamos nos daba aliento. Y nosotros sentíamos que si lográbamos que otros lo leyeran, habría más conscientes en el mundo, y las cosas cambiarían. No necesito que nadie me lo diga: además de todo éramos ingenuos.

Pero aún hoy me resisto a pensar que estábamos solos en nuestra ingenuidad. Y que



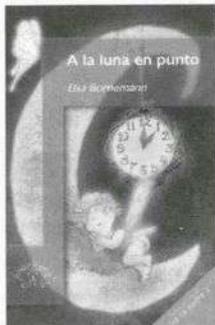
ésta no era, en estricto sentido filosófico y epistemológico, mucho menor que la de nuestros maestros y que la de muchos autores y preceptores que se encumbraban dictándonos sermones, pues nuestra ingenuidad no estribaba, como nos querían hacer creer los sabios adultos, en que el mundo no cambia, sino en el poder mágico, casi fetichista, que le otorgábamos a los libros y a la lectura.

Hoy la conciencia no es un valor en torno al cual se generen comunidades. Ha pasado de moda. La caída del muro de Berlín dio luz verde para que se derrumbaran muchos diques. El de la vergüenza también. Como diría mi abuelita: "ya no hay pudor". Por eso, no está mal visto tener el televisor encendido en una cena familiar, mientras por el noticiero nos enteramos que algunos dis-

Novedades en Alfaguara Infantil-Juvenil



Elsa Bornemann



Ilustraciones de O'Kif (Disparatario)

A la luna en punto • Sol de noche • ¡Nada de tucanes! • Disparatario • El niño envuelto

ALFAGUARA

INFANTIL - JUVENIL

Santillana



tinguidos diputados europeos pasan sus vacaciones en Tailandia sodomizando niños, que el oro robado a los judíos en Treblinka duerme en neutrales bancos suizos que nunca quisieron saber lo que sabían, que tal o cual torturador lleva a la academia de música al hijo de un desaparecido o que cada bomba lanzada para ganar un punto en las encuestas electorales cuesta lo que miles de escuelas.

Aclaro que no soy de los que dicen que los jóvenes de hoy no se preocupan por nada. Se preocupan, y con razón, ante todo por su futuro, pues -como decían algunos analistas del diciembre del 95 francés- por primera vez enfrentamos un mundo en el que los hijos tienen menos oportunidades que sus padres. Pero es difícil escucharlos protestar desde discursos ambiciosos o globalizadores. Después de todo, **cambiar el mundo suena un poco pomposo cuando se trata, con uñas y dientes, de no ser expulsado de él, de no sumarse al creciente montón de prescindibles.**

La democracia -o algo que así llaman- se ha impuesto y su insigne nombre lo mismo aparece en policías que velan por la honorabilidad de las naciones, que en la lápida de la historia. La globalización no tiene vuelta de hoja. Tampoco que habremos de comer MacDonalds en París, Moscú y Namibia. El liberalismo -o algo que así llaman- por fin nos ha dado permiso para ser libres, y ahora todos podemos escoger: canales de televisión, atuendo o el largo del cabello. Lástima que algunos aún no tengan luz eléctrica, flujo de efectivo ni tarjeta de crédito y que haya tantos millones de niños con piojos en la cabeza.

¿Crisis de valores? ¡Qué dicen! Hoy todos los valores están bien vistos, sólo hay que saber cotizarlos, comprarlos y venderlos cuando es oportuno. Como Vargas Llosa, que sugiere que la mejor forma de garantizar la defensa de nuestro idioma no es protestando ni estableciendo barreras proteccionistas, sino recorrer el mundo e instalar academias para enseñarlo. En Corea, Ucrania y Noruega hay gente que puede estar interesada en nosotros, como clientes o como socios. ¡Qué alegría! Si hubiese un director de escena, en este preciso momento, le rogaría que hiciera sonar la famosa oda de aquel sordo berlinés en la patética versión de Waldo de los Ríos, y a todos ustedes posar abrazados para una foto colorida, mitad Benetton, mitad Coca-Cola.

Lo que sigue es un intento, cáustico y medio desvalido, de repensar, desde una perspectiva menos ingenua que la que compartí con mis maestros y muchos autores, qué se puede hacer con los libros y los lectores, por y con el prójimo para conocer y transformar el mundo. Un *aggiornamento*, como dicen ustedes, en mis preguntas de hace veinte años.

Que 20 años no es nada, decía Gardel. Tal vez en tu época, querido Carlitos; ahora sí que son algo.

Vamos a documentar nuestro optimismo con un rápido balance de estos años productivos, pues si algo hemos aprendido en estas décadas vertiginosas es a encomendarnos a los santos patronos de la eficiencia y la eficacia, a ahorrar: gastos, tiempo, dinero.

A juzgar por el increíble caudal de capitales que cada noche se mueve por los silenciosos cables transatlánticos, ésta es una lección que todos -empresarios y gobiernos, economistas, políticos, hombres de cultura-, hemos aprendido muy bien y a escala planetaria (pues ahora todo es a escala planetaria).

Tan es así que en los grandes bancos del mundo, sobra tanto dinero que los bancos no tienen más remedio que prestarlo. ¿A quién? Ustedes pueden responderlo: a naciones que jamás podrán pagarlo y a sus principales ahorradores, formidables hombres de negocios a los que no les tiembla la mano para reestructurar y eficientar empresas, es decir someter a precisos ejercicios de reingeniería a todos los procesos y despedir gente. Como me explica mi amigo Jorge Godoy, el único problema es que desde hace años los mercados decrecen, sobra dinero para producir pero no gente que disponga lo suficiente para gastar. Ahítos pero insaciables a la vez, golosos al fin, los que tienen dinero no encuentran en qué gastarlo. Antes compraban fincas, casas, visiones. Ahora compran empresas con la misma voracidad con que los niños atesoran estampas. Primero todas las del ramo; después las de otros. Cada nueva fusión produce un ahorro. Cada nuevo invento -internet, computadora, robot- lo multiplica.

En el bestiario del nuevo milenio veremos crecer enormes corporativos con cola de farmacéuticos; panza de ingenieros; extremidades de cualquier cosa, pizzas o informática, y cerebro de financiero. Siempre a la cabeza un financiero con blanca sonrisa y piel bronceada.

Por eso todas las economías -no importa que tan boyantes sean- lo que más producen son marginales: seres que sobran, con los que no hay nada que hacer: no sirven para comprar y no tenemos trabajo que darles. África, todo un continente, es hoy prescindible: no consume más que unas cuantas armas; no produce, ni siquiera noticias de primera plana.

Antes nos quejábamos de que a los empresarios no les interesaban los libros; ahora, según el dictado del benemérito Murphy, autor de las únicas leyes históricas confiables a esta altura del partido, ha sucedido algo peor: hoy le interesan los negocios editoriales. Primero vimos fusiones de casas, ahora la promiscuidad entre gremios es norma. Y aquí también producimos prescindibles: tipó-



grafos, librereros, pronto llegaremos a prescindir de los lectores. Total, a pesar de los lamentos de librereros y editores, la ventas crecen.

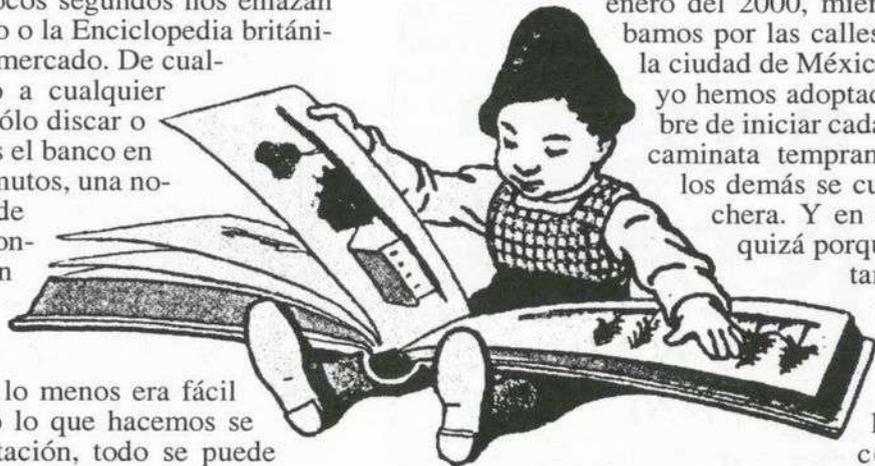
Pero no perdamos la esperanza. Hace 30 o 40 años muchas instituciones rechazaban la lectura. Ahora la situación ha empeorado: todas hablan en favor de ella. Presidentes neoliberales, monjas y actores de tele, proclaman que hay que leer y hasta las gallinas cacarean el placer de la lectura. Y la palabra escrita se ha declarado zona liberada. Como lo ha señalado Petrucci:

En el pasado no sólo la lectura sino sobre todo la escritura, como práctica y como expresión potencialmente subversiva, fue sometida a fuertes controles y a rígidas censuras. Hoy, en el ámbito de aquella que hemos definido como "escritura privada", se rechaza cualquier tipo de restricción, de comportamiento obligado, de canon y de regla. La escritura "anárquica", como la lectura salvaje, se convierte en una práctica puramente individual, dictada únicamente por el placer personal y por la voluntad de divertirse y de expresarse libremente.¹

Este proceso sin duda puede verse como un avance democrático. Pero no sólo y no necesariamente es eso. Detrás de la más vasta proliferación de lectores y escritores habida en la historia, a la par de la mayor diversidad de prácticas de lectura y escritura jamás habida, tal vez lo que presenciamos es un nuevo alejamiento de la palabra, de la razón, del diálogo como instrumento de autorregulación.

Rápido, como la ruedas rojas del ferrocarril, todos corremos, cada vez más rápido, como una locomotora de seres solitarios jugando solitario. Ligados unos a otros por una maraña ya no de cables, de ondas inaudibles que en pocos segundos nos enlazan con Wall Street, el Museo o la Enciclopedia británicos, el vecino o un supermercado. De cualquier rincón del mundo a cualquier rincón del mundo. Con sólo discar o apretar una tecla tenemos el banco en la casa, la pizza en 20 minutos, una novela, un disco o la voz de una muchacha que nos consuele y, si queremos, aún su cuerpo. De todo y para todos los gustos, pues hoy hemos aprendido a ser tolerantes: antes por lo menos era fácil ser rechazado. Hoy todo lo que hacemos se acoge con viscosa aceptación, todo se puede convertir en fake, fraude, si no es que ya lo es.

Sí, hoy todo es complejo, complicado, confuso y difícil y "el camino verdadero" (para citar a Kafka) es más lábil que nunca. Pero aquí este mínimo recuento. La bibliografía es amplia, pero no es preciso agotarla: vean la tele, enciendan la radio, miren por la ventana.



La culpa de que estemos aquí preguntándonos para qué sirven los libros en la actualidad no la tienen los ogros que han destruido nuestras ilusiones, sino los necios que aún hacen el amor sin preservativo y traen niños al mundo.

Y es que mientras no progrese la ingeniería genética (o las normas morales que presumen controlarla) y estemos en condiciones de clonar seres adultos, los humanos nacerán inmaduros.

Por eso, al menos durante una etapa de nuestras vidas, nos seguiremos necesitando unos a otros. Por eso, al menos durante un rato, aun si todos los saberes son más caducibles que la leche en polvo, será valiosa la experiencia y habremos de preguntarnos por la educación.

La culpa también la tienen los del gremio de la educación, que suelen ser muy conservadores, aunque quieran ser otra cosa y por eso usan, como hace cien años, los libros. Y desde luego también los muchos miles de insensatos que gozamos publicando, leyendo, regalando y comprando libros, o angustiándonos por su pronta, su inminente desaparición que nunca termina de llegar.

Al menos por un rato más, ésa es la dimensión. En este momento único, antes de que anochezca o de que la loca locomotora que corre desenfrenada enredando todo, gente e ideas, se detenga en el fondo de un abismo...

¿Qué podemos hacer hoy, al menos por un rato?

¿Negar el mercado? Tal vez sea mejor asumirlo, después de todo quizá los libros no sean otra cosa que una plaza donde negociamos sentido.

Les explico, como traté de explicarle a mi hija

Gabriela la mañana del primero de enero del 2000, mientras caminábamos por las calles desiertas de la ciudad de México. Pues ella y yo hemos adoptado la costumbre de iniciar cada año con una caminata tempranera mientras los demás se curan la borrachera. Y en esta ocasión, quizá porque nos tocaba también iniciar un milenio, además de realizar nuestro balance anual, conversamos de la literatura, de cómo leerla, de cómo se escribe.

Ella tiene sus ideas, propias y recibidas. Como a mí, pero mejor, en la escuela le han enseñado a analizar textos, identificar géneros y épocas, a desentrañar qué es lo que quiso decir el autor y todas esas cosas.

Yo trataba de explicarle las mías. Y le decía que los autores rara vez son completamente conscientes de lo que dicen, que escriben porque sienten la necesidad de escribir. Y en el proceso de la escritura van descubriendo qué querían decir, aunque ni siquiera ahí. La obra siempre se insubordina. "Escribir es trazar mi mandala y recorrerlo", decía Cortázar tan cercano a este *aggiornamento*, aunque hace años que no lo lea. La historia literaria está llena de propósitos incumplidos y formidables extravíos.

También la lectura tiene algo de imprevisible. Si voy por la calle y muere alguien ante mis ojos leeré el periódico o el poema de una forma distinta que el día en que me sorprende enamorado. (Claro que para descubrir eso hay que practicar la relectura y eso hoy se contempla como una pérdida de tiempo.)

De ahí la metáfora de la plaza: un lugar de encuentro, un espacio de negociación en donde transamos posibilidades que a otro (ese otro podemos ser nosotros mismos en distinto momento) le pueden pasar inadvertidas.

Por eso -le decía a mi hija- yo prefiero decir que los libros no transmiten algo que quiso decir alguien, sino que nos abren posibilidades de encuentros y desencuentros tanto a autores como a lectores, siempre y cuando efectivamente suponemos una experiencia real en el lenguaje, la presencia de otro construyéndose otro en un acto de lectura o escritura.

Posibilidades, ésa es también la dimensión.

Estas cosas íbamos conversando Gabriela y yo. Peripateando, ambos sabíamos que estábamos hablando de eso y también de muchas otras cosas, tal vez más difíciles de nombrar, tal vez innombrables. Pues también los libros nos permiten abrir un espacio para hablar de otras cosas o para aludirles. Por

eso hoy aquí echo mano a referencias culturales y biográficas. Por más trascendente y rigurosa que sea, la obra siempre es contingente. Está anclada en una realidad, abierta, al igual que la obra, en un universo cerrado que se resignifica perennemente.

Y ella me escuchaba como se escucha a un padre que camina contigo por un ciudad desierta y seguramente pensaba en lo jodido que soy al ponerle, también ahí, problemas nada fáciles de resolver. Por ejemplo, ¿cómo podría poner en práctica esas nuevas enseñanzas a la hora del examen y evitar que la repruebe su maestro? Y es que a su maestro le sería difícil aceptarlo. No lo condeno. Es difícil incluso para nosotros asumir cabalmente esta idea, pero sobre todo lo que está detrás de ella.

Todos queremos controlar, no sólo los gorilas ni por malas razones. Queremos tener bajo control el sentido de nuestros actos y de nuestras obras, queremos cuidar lo que queremos, queremos ser más útiles de lo que podemos. Tal vez por eso preferimos pensar que el sentido de nuestras acciones es el que nosotros definimos. También cuando escribimos, publicamos o promovemos libros. Y nos cuesta infinito trabajo (sí, literalmente un trabajo infinito: es decir un esfuerzo que nunca concluye) poder asumir lo que la evidencia nos dice cada día: que hay una diferencia fundamental, irremediable, entre lo que enseñamos y los otros aprenden, entre lo que decimos y los otros escuchan, entre lo que escribimos y los otros leen, entre nuestra oferta y la apropiación de los otros.

¿Cómo asumir la pregunta por el prójimo ahora que lo sabemos?

¿Para qué sirve la literatura? se preguntó Hugo Hiriart hace no mucho, y contestó relatando una escena que ahora recreo de memoria:

Una vieja está limpiando las escaleras de una oficina de gobierno mientras un subsecretario sube, ensimismado en sus pensamientos y agobiado por su alta responsabilidad, de prisa, sin voltear a verla, pues los pobres tienen esa rara cualidad: ser imperceptibles para los hombres importantes. De pronto este subsecretario escucha una voz que dice: ¿Viste a esa mujer de manos ajadas?. Mírala bien, mierda, porque a los ojos de Dios esa mujer vale infinitamente más que tú.

¿Por qué vale más que yo?, se pregunta el subsecretario. ¿Quién es ella?

La literatura, reflexionaba Hiriart, nos permite explorar la condición humana a partir de situaciones como ésa. Preguntar dónde no se admiten las preguntas. Vivir experiencias vicarias. Pero eso no nos garantiza que al lector le interesen los otros -hombres y mujeres con manos ajadas, ancianos y niños, vecinos de su casa o escritorio.

¿Y entonces para qué sirve la literatura?

Hace más de 25 años leí por primera vez La tie-

**PAIS
CULTURA**

Por Radio Nacional
AM 870
Domingo de 22 a 24 hs.

Conducción: **Jorge Dubatti**
Co-Conducción: **Nora Gómez**
María Rosa Jurado
Nora Lía Sormani

rra baldía de T. S. Eliot. cuyos primeros versos todos recordamos:

*Abril es el mes más cruel,
engendra lilas de la tierra muerta
mezcla recuerdos y anhelos.*

... Como este texto.

La he releído muchas, muchísimas veces. Es carne de mi carne y sin embargo no la he entendido del todo o, más honestamente, no he entendido casi nada. No soy el único que se ha preguntado qué es lo que quiso decir Eliot.

Al propio poeta le formularon cuestionamientos parecidos en repetidas ocasiones. Le conozco dos respuestas. La primera, consiste en algunas páginas de notas eruditas, más oscuras que el poema. Eliot las redactó a petición de su editor, que debía cerrar un pliego y le sobaban páginas en blanco. La segunda respuesta me parece más convincente. Sucedió en un recital, cuando le preguntaron qué había querido decir. El taciturno Eliot, escuchó la pregunta y con voz cansina y profunda volvió a leer *The Waste Land*, verso por verso:

April is the cruellest month.....

Tal vez sea esa la única respuesta posible: la literatura dice lo que dice y dice lo que le dice a cada uno de sus lectores o escuchas. Habla siempre sobre el hablar y sobre cómo la palabra nos permite habitar el mundo. Y cuando habla sobre el hablar o cuando habla sobre el mundo habla sobre otra cosa, como esto que yo les leo. Nos presenta a la palabra como una forma de habitar el mundo, pero también al murmullo que impide fijar a las palabras.

El poeta purifica las palabras de la tribu (Mallarmé), desde luego. Pero sobre todo mantiene su venero. La lectura literaria es, o puede ser, una forma de encontrarse con el Otro, de enriquecernos desconociéndonos, de trazar una red para fijar lo inasible, de andar sobre las aguas del río heracliteano, nuestro río, y celebrarlo en su imposible fijeza, en el instante mismo en que había alcanzado su definición mejor (Lezama Lima), de enriquecernos en la experiencia gozosa de la pérdida.

Levinas lo dice de la manera más hermosa: "La relación con el otro me pone en cuestión, me vacía de mí mismo y no deja de vaciarme. descubriéndome

me en tal modo con recursos siempre nuevos. No me sabía tan rico, pero no tengo más el derecho de conservar nada."²

¿Para qué sirve escribir, publicar, promover o leer literatura? Tal vez para nada, tal vez sólo para establecer una economía vital distinta: Ahora que todos quieren ahorrar, unos trabajamos para regalar. No cabe duda, seguimos siendo insensatos. Y es que algunos finalmente queremos seguir siendo diferentes: queremos, insensatamente, un mundo distinto.

En este mundo sin ideologías, en el que la imagen del Che aparece en las discotecas de Manhattan, ¿dónde se expresa hoy la diferencia entre los herederos de Caín quienes continuamente escuchamos una voz que nos pregunta "¿dónde está tu hermano?" y los que jamás escuchan la voz de la sangre que clama desde la tierra?

El acento no puede estar sólo en el contenido, en un supuesto sentido previamente asignado. Pues sabemos que cualquiera que sea éste será recreado por el lector. Tal vez la diferencia más contundente se expresa de otra manera, por un antiguo arte, esencial y prácticamente olvidado: la hospitalidad. Por la relación que establezcamos con el lector hipotético, y con el lector real, por el poder que le demos o facilitemos.

En medio de la general confusión hoy tengo claro que si mi pregunta es por el prójimo, debe ser también una pregunta al prójimo. No, definitivamente yo no "vengo a hablar por vuestra boca muerta", como lo hacía Neruda.

En este mundo confuso tal vez el asunto decisivo está en la confianza. Nadie es más idiota, por más inteligente que sea, que el que supone idiotas a sus interlocutores, por más idiotas que estos sean. Nadie revela un mayor interés por el otro que el que se da a él desde esa confianza radical y contradictoria, conscientemente casi suicida (el casi es importante).

*Ninguna derrota
es enteramente una derrota:
el mundo que abre es siempre
un lugar antes insospechado.
Un mundo perdido es un mundo
que nos llama a lugares inéditos:*

Les leo parte de *El descenso*, un poema de William Carlos Williams traducido por Octavio Paz. Es otro poeta que siempre me dice algo nuevo. Siempre a mí, nada más a mí y seguramente a algún otro desconocido, a condición de que sea siempre a él, nada más a él.

A mí, nada más a mí; ésa es otra dimensión: la lectura literaria como un susurro al oído, como un mensaje urgente dirigido exclusivamente a uno (¿desde dónde, por quién?). Incluso en dimensión



ampliada, la lectura es un asunto de espacio interindividual más que social, ha dicho Michèle Petit.

Lo grande y lo pequeño. La esperanza y la desesperación. La calma y la impaciencia. La pobreza y la riqueza. En estas antinomias se cifra el sentido de nuestra tarea, hacer algo con los libros y los lectores. Acudir a un llamado del prójimo lejano y también de la palabra, habitar en esa entrega un territorio de otros donde me enriquezco perdiendo la posibilidad de retener cualquier riqueza.

Un conflicto -el solo conflicto entre comprender que siempre habrá una diferencia entre lo que enseñó y lo que aprenden otros, entre lo que quiero decir y lo que entienden otros- me ha roto aquellas ilusiones de adolescente y al mismo tiempo me ha permitido no claudicar ante la estulta sensatez, ante la implacable lógica de un discurso que se quiere objetivamente inobjetable, contundente y generoso aunque aniquile a medio mundo. Me ha enseñado que si se trata de construir un puente, por ejemplo, se debe hacer que la construcción prospere de ambas orillas.

Todo lo sólido se desvanece, señala el discurso posmoderno. Es cierto, se han fracturado catedrales y monumentos, los grandes edificios se han derrumbado. Pero también es sólido el grano de arena que se desliza por la estrecha cintura del reloj.

Y yo elijo habitarlo. Construir ahí mi casa, educar ahí a mis hijos, hacer una fiesta e invitar a mis amigos y acoger a otros desconocidos: así de grande es un grano de arena mientras cae, irremediablemente. Pues todo cae, irremediablemente. Pero podemos elegir caer de pie, como los gatos.

Vuelvo a donde comencé: cuando tenía 15 o 16 años y jugaba a ser consciente, quería ser poeta, y cambiar el mundo. Vestía de negro y jugaba a alcanzar la eternidad con una obra. ¿Cómo apostar por esa trascendencia hoy, que sé que nada o casi nada de lo que se publica en la actualidad sobrevivirá más de 50 años pues todos los papeles para impresión son caducibles y que es más fácil que pervivan los publicados hace dos o tres siglos?

No hay salvación posible, uno siempre perderá, será extranjero. Apostar por nuestra apuesta es nuestra victoria. No ganarla. Casi siempre nunca ganarla.

Mirada desde la Luna, la Tierra es harto pequeña. Y nuestras obras invisibles. La única construcción humana que se puede ver desde esa distancia es la Muralla China, inconclusa, errática, estúpida, edificada durante cientos de años con el deseo de proteger a un pueblo que no se pudo proteger.

Creo que hoy se impone reconocer que no nos



podemos proteger de la libertad del otro y que debemos protegernos contra esa indefensión, explorando, abriendo, compartiendo, peleando, contra los otros, también contra nosotros mismos.

Y habrá quien piense que es una posición fácil, conciliadora, que rehúye el compromiso. Tal vez, pero sé que si no contenta a nadie no es tan fácil, y que rehúyo de la facilidad precisamente

porque no me interesa contentar a todos. Esta es una de las muchas paradojas que he elegido habitar: pensar siempre en los otros y aceptar ser excluido, apartado, minoría.

Tal vez por eso antes hacía tanto hincapié en decir algo y hoy prefiero abrir espacios, generar conflictos que aluden a otros conflictos y abrir espacios -nuevamente abrir espacios- para resolverlos de otro modo. Después de todo, eso es lo poco o mucho que se puede pedir a la literatura ante ese triple despropósito que le hemos otorgado: conocer al mundo, celebrarlo y ayudar a transformarlo.

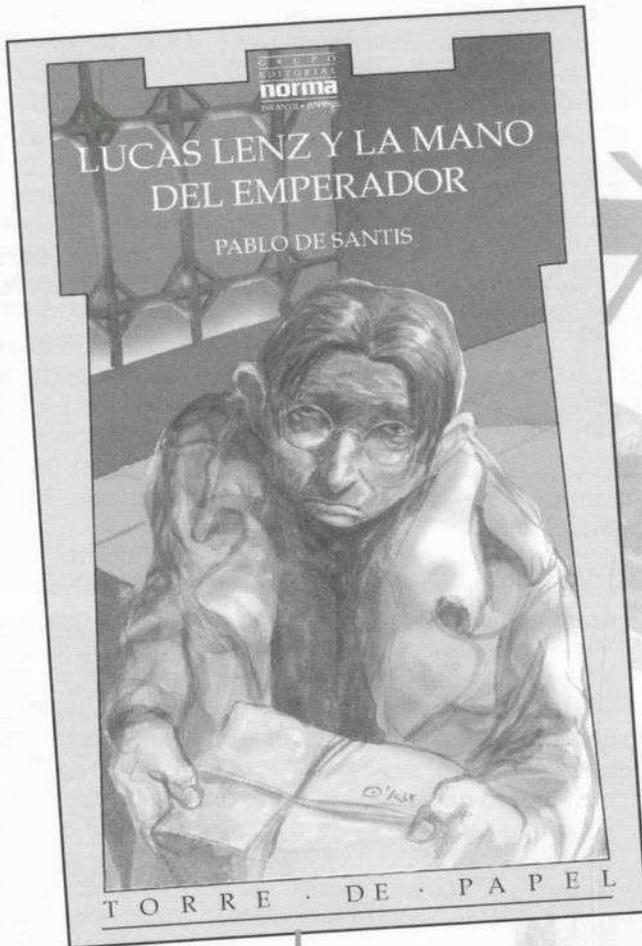
Daniel Goldin es editor, investigador y escritor mexicano. Estudió Lengua y Literatura hispánica en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es autor de *Apariciones*, antología de ensayos de Juan García Ponce, y coautor del libro *Parte del horizonte*. Dirige el proyecto "Libros para niños y jóvenes" del Fondo de Cultura Económica y el periódico "Espacios para la lectura".

Notas:

1. Armando Petrucci, *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Pról. de Roger Chartier y Jean Hébrard, Gedisa, (Col. LEA), Barcelona, 1999. Es interesante remarcar que estas lúcidas observaciones de Petrucci no se refieren a prácticas de lectura y escritura a través de la pantalla, sino a un fenómeno anterior del cual se derivan las prácticas de lectura y escritura a través del internet, por ejemplo, que potencian a límites inusitados estos rasgos "silvestres" en la producción, circulación y recepción de la cultura escrita. Para ampliar esto véase por ejemplo "Lectura pública y bibliotecas en Italia desde la unificación hasta hoy", redactado en 1974, que aparece en el mismo volumen.
2. Emmanuel Levinas, *La huella del otro*, trad. de Esther Cohen, Taurus, Col. La huella del otro, México, 1999, p.58.



¡LUCAS LENZ HA VUELTO!



Lucas Lenz y
la mano del
emperador

La nueva novela de
Pablo De Santis

GRUPO
EDITORIAL
norma
INFANTIL • JUVENIL



El desafío de editar libros para niños y jóvenes

por **Canela**

Hay muchas formas de describir la función, el trabajo del editor. Tantas como los variados roles que los editores pueden desempeñar en sus respectivas empresas. Y aún estas empresas pueden ser muy diferentes entre sí: desde una internacional con representación en distintos países hasta una pequeño emprendimiento independiente de características artesanales.

Me animo a pensar, sin embargo, que hay algo común y compartido entre todos aquellos que nos dedicamos a la edición y a la producción de libros. **El editor es siempre y al mismo tiempo un productor de artículos de consumo y un agente cultural.** Productor de artículos de consumo ya que editar libros implica someterse a las normas de cualquier producto de mercado. Un producto muy peculiar sin embargo, que reproduce en grandes cantidades la pieza única, el original, que está destinado a la mente, al intelecto de un solo individuo: el lector. Agente de la cultura en tanto que la publicación de un libro implica la elección de un texto, su divulgación, la difusión de ideas, historias, pensamientos. A veces es un verdadero descubridor cuando estimula la escritura u orienta a un autor, aún cuando el cáustico Umberto Eco diga que "un autor debe buscar siempre la ruina de un editor" no es imaginable el mundo de los libros sin editores, así como no lo podemos concebir sin autores.

El editor se encuentra, en el centro de diversas tensiones. Por un lado, el mercado de consumo ejerce presión en forma creciente sobre sus decisiones; por otro, los creadores, autores, ilustradores, diseñadores, junto a críticos y lectores depositan en él necesidades y exigencias.

Aparece aquí un tema que bien podría abrir un debate entre nosotros: ¿el editor es en ocasiones un creador o su tarea es siempre subsidiaria, de servicio al autor y al mercado?

Pero otro es el tema propuesto hoy: las leyes del mercado y las leyes de la creación requieren competencias muy diversas que el editor debe conocer y sintetizar. Ambas representan las tensiones a las que



aludíamos. Y si editar libros no es una tarea inocente, sabemos que menos inocente aún es editar libros para niños y adolescentes.

En la tarea cotidiana de elegir un texto, un ilustrador, de proyectar una colección o un libro singular entra-

rán en juego sutilmente las fidelidades del editor. Fidelidad a las propias ideas y convicciones, fidelidad a un proyecto cultural y, por fin, fidelidad a las normas de la empresa y las exigencias del marketing que naturalmente apuntan al acierto comercial. Ya que a pesar de las palabras de Umberto Eco, el editor no puede permitirse ir a la ruina.

No es lo mismo producir remeras o zapatillas que libros. No digo alimentos ya que en cada país hay códigos alimentarios acerca de lo que está permitido y lo que está prohibido producir y vender. El libro también se ingiere. De tal modo que el escritor Joseph Brodsky llega a sostener: "somos lo que leemos". Pero, por suerte, las normas acerca de lo que se puede escribir y editar no están escritas, ya que estaríamos hablando de limitaciones o de la odiosa censura. En este contexto, resulta obvio que cada uno de nosotros se guía por sus propios códigos y valores personales.

Como productor de un bien de consumo, no parece positiva la resistencia ciega a los cambios. Joost Nijhoff nos ha ilustrado acerca del libro interactivo historias en CD-ROM una alternativa que parece irreversible. Formaremos parte o no de ese cambio pero no podremos fácilmente torcer el rumbo que nos propone el futuro. Sí podremos conocer ese rumbo, analizar si es favorable a nuestro propio proyecto editorial, decidir si es positivo incorporarlo a nuestra empresa, proponerlo a nuestros autores. Pero negarlo, detractarlo, convertir al libro electró-

nico en enemigo del libro tradicional es, desde mi punto de vista, una pérdida de tiempo y energía.

Si creemos que las nuevas tecnologías sólo son asimilables para el caso de ciertos libros, de ciertas producciones de nuestro fondo editorial, sumaremos posibilidades, experiencias y desafíos, mientras seguiremos creando libros en el soporte tradicional. Los mejores libros posibles.

Lo mismo sucede con los sistemas de distribución y venta, y los de promoción. Mientras sea ético, cualquier acción es buena para que cada libro llegue a cada lector potencial. En los cambios siempre algo se pierde, pero si todos cuidamos la multiplicación y calidad de los autores, la multiplicación de los lectores, la capacidad de elección, la estimulación de la escritura y de la lectura como una necesidad vital todos saldremos ganando. Poco importa si lo escrito se lee sobre papel, sobre una pantalla o sobre cualquier otro soporte que el futuro quiera inventar.

Pasemos a los contenidos. Me place mencionar a Ana María Machado, la autora brasileña que acaba de ganar la máxima distinción de la literatura infantil, el premio *Hans Christian Andersen*. "Hay libros—dice Ana María— que no valen la pasta de pa-



pel con que están hechos". Mis reflexiones en este sentido apuntan naturalmente a quienes producen libros de autor, literatura. Y me refiero también a los libros para los más pequeños, en algunos de los cuales hay pocas o ninguna palabra. Pero la idea, el guión de la ilustración, tiene un sentido que se sustenta en una elección. Ese sentido será más libre cuanto mayor y mejor información tenga el editor. No acerca del mercado del libro. Esta puede asegurar la venta de una edición o de

una colección completa si el molde, la receta sobre la que el editor trabaja, es más de lo mismo: el terror, lo fantástico, la aventura romántica para adolescentes o las reproducciones de sabrosos y tradicionales relatos populares adaptados y limados hasta el sinsabor. En estos casos, no hay riesgo, no hay temor al fracaso, no hay creación.

Me permito hablar aquí del maíz, base alimenta-

PARA QUE LOS CUENTOS DE TODOS VUELVAN A TODOS

GRAMON - COLIHUE ODO S.R.L.

Distribución y ventas: Ediciones Colihue
Díaz Vélez 5125 - (1045) Buenos Aires
Tel-Fax: 4983-4191/81

ria de los indígenas originarios de estas tierras. Más aún, el Popol Vuh, libro sagrado de los mayas, cuenta que los dioses crean al hombre a partir del dorado maíz.

Un día me regalaron un cesto con maíces muy diversos: los había claros casi blancos, amarillos, rojos, hasta negros. Algunos de granos grandes, otros eran una mazorca muy apretada. Nunca los había visto en el supermercado. Quien me los dio me dijo que los indígenas de nuestro noroeste solían favorecer una gran variedad en sus cultivos de modo tal que si una plaga afectaba a los rojos podían nutrirse de los amarillos, si se destruían los blancos siempre podrían contar con los negros. En el mundo de hoy, me dijo, La biodiversidad no es un valor que se aprecie, los cultivos híbridos han logrado un máximo rendimiento, pero una plaga podría dejarnos sin un solo maíz en los campos.

La sociobiología que incluye la sociología de la conducta explica que la biodiversidad contribuye a la supervivencia, a interacción de las especies y a las acciones enriquecedoras dentro de la misma especie. En el mundo de los libros, podemos notar una tendencia a la hibridación a causa del temor a que la diversidad, la invención, la osadía pongan en riesgo el éxito tan ansiado. Pero en la capacidad de enfrentar esta tendencia pueden nacer nuevos autores, nuevos éxitos nuevos lectores.

Es en el contenido —y llamo contenido a todas las variables estéticas y éticas de un libro— donde entra en juego la más profunda y rica dimensión de nuestra tarea. En un mundo violento, en el que en nombre de la competencia los hombres se canibalizan entre sí. En el que se ensancha dramáticamente la brecha entre los ricos y los pobres. En el que está amenazada la salud de nuestro entero planeta. En el que, guerra, represión y tortura siguen estando en los titulares de los diarios con los que desayunamos cada mañana ¿De qué nos serviría producir más libros y vender infinitamente más ejemplares, si esos libros no ayudaran a mejorar la condición humana? Parece una exageración tratándose de libros para jóvenes y niños.



Cuando al autor argentino Julio Cortázar le preguntaban “¿De dónde vienes?”, él respondía invariablemente: “Vengo de mi infancia”.

Todos venimos de nuestra infancia. Y allí en la infancia hay una libro, hay una página que nos ha marcado, que nos ha iluminado o nos ha ensombrecido. Huellas profundas ya que el libro impone una comunión con el autor de la que no salimos indemnes. Mucho menos en la infancia.

Quando el editor elige un texto, una ilustración, no puede eludir el rol sustancial que le compete: ser el nexo, el puente, entre el autor y el lector. Entre muchos autores y una incalculable

cantidad de lectores. Esto hace más interesante el ejercicio de su libertad.

Ya dijimos que podrá elegir más libremente cuanto mayor sea su formación e información. Pero todavía queda algo. El editor puede ser muy sensible a las necesidades del mundo de la infancia, y muy claro en sus intenciones de producir buenos libros, pero sólo será realmente libre y honesto si aprende a reconocer sus propias limitaciones. Es especialmente en la literatura y en la producción de libros para niños en donde los aspectos más negativos de su ideología - los prejuicios, la autocensura, la

discriminación, la tendencia al estereotipo - encuentran terreno fértil. A menudo nuestro afán por educar y transmitir valores a través de los libros encubren nuestras propias falencias. El desafío, entonces, impone estar atentos a los mensajes que construimos para seducir y conquistar lectores, justamente porque el editor, con el autor, es responsable por lo que hace y por lo que deja de hacer e incide en una dimensión que no se puede calcular en la vida de cada niño lector y en la cultura de su tiempo.

Gigliola Zecchin de Duhalde (Canela) nació en Vicenza, Italia. Vive en la Argentina desde los diez años. Estudió Letras, es conductora de radio y TV. Es Directora del Departamento Editorial para niños y jóvenes del Grupo Editorial Susamericana. Publicó, entre otros, *Marisa que borra*, *Boca de sapo* y *Letras en el jardín*.

La oveja negra

por Augusto Monterroso

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra. Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por

las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.



Paréntesis

A veces por las noches –meditaba en aquella ocasión la Pulga– cuando el insomnio no me deja dormir como ahora y leo, hago un paréntesis en la lectura, pienso en mi oficio de escritor y, viendo largamente al techo, por breves instantes imagino que soy, o que podría serlo si me lo

propusiera con seriedad desde mañana, como Kafka (claro que sin su existencia miserable), o como Joyce (sin su vida llena de trabajos para subsistir con dignidad), o como Cervantes (sin los inconvenientes de la pobreza), o como Catulo (aun en contra, o quizá por ello mismo, de su afición a sufrir por las mujeres), o como Swift (sin la amenaza de la locura), o como Goethe (sin su triste destino de ganarse la vida en Palacio), o como Bloy (a pesar de su decidida inclinación a sacrificarse por las putas), o como Thoreau (a pesar de nada), o como Sor Juana (a pesar de todo); nunca Anónimo; siempre Lui Mème, el colmo de los colmos de cualquier gloria terrestre.



La tela de Penélope o quién engaña a quién

Hace muchos años vivía en Grecia un hombre llamado Ulises (quien a pesar de ser bastante sabio era muy astuto), casado con Penélope, mujer bella y singularmente dotada cuyo único defecto era su desmedida afición a tejer, costumbre gracias a la cual pudo pasar sola largas temporadas. Dice la leyenda que en cada ocasión en que Ulises con su astucia observaba que a pesar de sus prohibiciones ella se disponía una vez más a iniciar uno de sus interminables tejidos, se le podía ver por las noches preparando a hurtadillas sus botas y una buena barca, hasta que sin decirle nada se iba a recorrer el mundo y a buscarse a sí mismo. De esta manera ella conseguía mantenerlo alejado mientras coqueteaba con sus pretendientes, haciéndoles creer que tejía

mientras Ulises viajaba y no que Ulises viajaba mientras ella tejía, como pudo haber imaginado Homero, que, como se sabe, a veces dormía y no se daba cuenta de nada.



Augusto Monterroso (1921) es un destacado narrador guatemalteco. Exiliado en México desde 1944, escribió la mayor parte de su obra fuera de su país. A diferencia de otros escritores del boom, se volcó al relato breve y el ensayo creativo. Su estilo se caracteriza por la concisión, el sentido del humor y una notable rapidez expresiva para la crítica de la cultura, la historia y la sociedad. Sus obras más destacadas son: *Movimiento perpetuo*, *Lo demás es silencio*, *Viaje al centro de la fábula*, *La palabra mágica*, *La letra* y *Esa fauna*.

Los relatos que figuran en esta sección fueron extraídos de su libro *La oveja negra y demás fábulas*, Ed. Alfaguara Bolsillo.

Leyenda de las margaritas

por **Laura Devetach**

A las margaritas las inventó un pintor que estaba enamorado. No sabía, no podía saber si la mujer amada le correspondía.

Por eso inventó las margaritas, para deshojarlas.

Las creó una por una trazándoles pétalos blancos y botones amarillos.

Quizá las copió de algún molino quieto.

Las pintaba y las deshojaba, me quiere, no me quiere, me quiere...

Quedaban sólo los botones amarillos, desvestidos, que con el tiempo se ponían marrones. De algunos de ellos resbalaron un día unas semillas que cayeron a la tierra y brotaron como manos que se abrían.

Margaritas, margaritas, margaritas, margaritas.

No hay que creerles mucho a las margaritas.

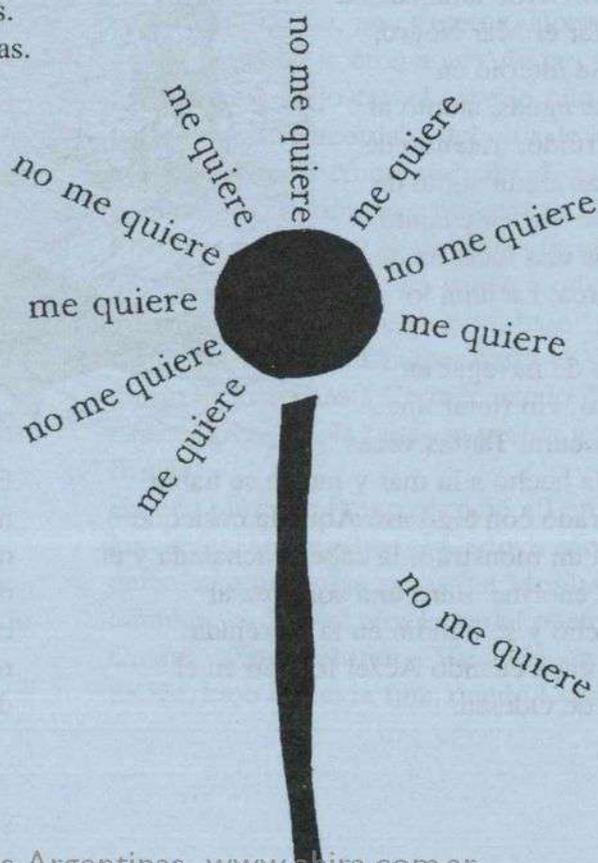
Porque las inventó un pintor para deshojarlas.

Y ellas, quieren, no quieren, quieren...

vaya a saber.

Laura Devetach nació en Reconquista, Santa Fe. Escribe cuentos y poesías destinadas a los niños y también para el público adulto. Entre sus obras están *Monigote en la arena*, *La loma del hombre flaco*, *Oficio de palabrera: Literatura para niños y vida cotidiana*, y *La torre de cubos*.

"La leyenda de las margaritas" es un cuento de *El enigma del barquero*, ilustrado por María Rojas, en la Colección Pan Flauta de Ed. Sudamericana.



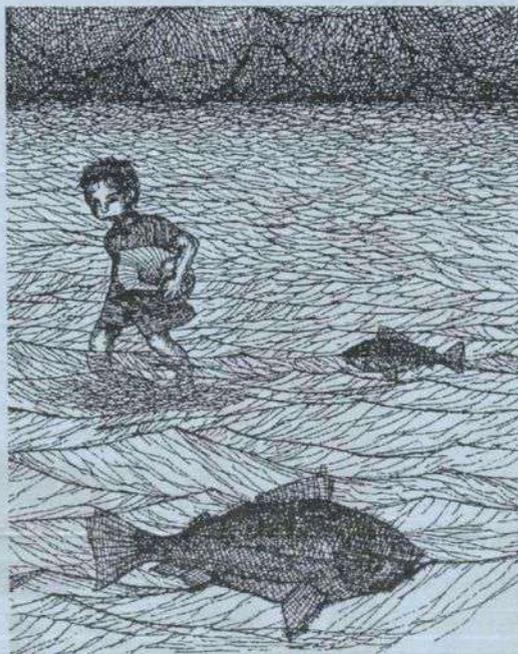
Tan lejos y tan cerca

por Perla Suez

En una aldea cercana a Odessa vivía un pescador; tenía un hijo llamado Aczel. En épocas de zares las penurias aumentaban, pero el pescador se defendía pescando arenques y vendiéndolos en el mercado.

Con el tiempo Aczel aprendió el oficio de su padre. Un atardecer en el que el invierno amenazaba con helar el Mar Negro, Aczel se internó en aquellas aguas, atento al menor ruido, tratando de escuchar algún signo de vida. De vez en cuando avistaba una lucecita de otra barca. La luna lo seguía.

A poco de navegar en solitario, vio flotar una mole oscura. Tantas veces se había hecho a la mar y nunca se había encontrado con algo así. Aquella cosa que parecía un monstruo, la cabeza achatada y el cuerpo enorme, miró una sola vez al muchacho y se hundió en la marejada. Ya clareaba cuando Aczel fondeó en el puerto de Odessa.



Al cumplir dieciséis años, su padre le recordó que debía casarse con la hija de un conocido tallista de piedra de la lejana Vichegrado, a orillas del Drina, con quien

tiempo atrás se había concertado la boda. La muchacha se llamaba Bruria y nadie la había visto.

El zar había reprimido a los obreros del puerto de Odessa; muchos amigos de su padre murieron y la tristeza embargaba a todos. Aczel propuso aplazar la boda.

—Pero hijo —dijo la madre— la alegría no se debe postergar.

Así que todos consideraron un deber sobreponerse al duelo y empezaron los preparativos.

En la plaza del mercado se cocía *jalvá*¹. Los niños iban todo el tiempo al caldero, y las mujeres los amenazaban con sus cucharones de madera. La hermana desplumaba gansos chamuscándolos, y la madre y una vieja rolliza los ponían a asar. Unos jovencitos, desde umbrosos rincones, rodaron barriles de

aceitunas negras y frescas muchachas bailaban con unos *mujiks*² que habían ido a curiosear. El olor a arenque se mezcló con las voces de los más viejos, que gritaban, *mazeltoz*³, anticipados a la fiesta.

—Qué cosa tan buena es saber que un hijo tuyo va a conocer la felicidad —dijo un pescador.

Y llegó la hora de la boda.

De un carro bajó, primero, el tallista de piedra de Vichegrado, de fino traje, y enseguida, la novia cubierta de un pesado velo.

La sinagoga estaba adornada con ramas de abedules y se oía el ruido del mar. Arriba, las mujeres con mantillas sobre la cabeza, abajo, los hombres envueltos en el *talit*. En primera fila el doctor Arón Lemel el pescador Andréi Miksha, el carbonero Mark Yagupsky, el panadero Broscha y los viejos Méndele, Naúm y Emelián. Al final de la ceremonia el rabino preguntó al muchacho:

—¿Jurás por Dios amarla hasta que la muerte los separe?

—Sí, juro —dijo Aczel y rompió la copa y levantó el velo para besarla, cuando el corazón se le partió, la novia tenía el labio hendido como lo tiene la liebre, los párpados caídos y le faltaban los dientes. Quiso huir, pero las piernas no le respondieron: sentía clavada en la garganta la cuchilla del trineo. Hubiera deseado que todo fuera nada más que una pesadilla, y también hubiera deseado estar despierto.

—Aczel —tartamudeó ella.



Aczel ni siquiera pudo contestarle; recordó las palabras de su madre: *Hijo la alegría no se debe postergar.*

Todo lo que vino después ocurrió tan de prisa que Aczel casi no podía decir cómo pasó, pero

ahora estaba junto a la ventanilla de un tren que corría hacia Vilna y miraba caer la nieve con la palidez y la expresión de un niño.

Para anular la boda debía conseguir la firma de noventa y siete rabinos que habitaran desde Estonia hasta el Cáucaso, desde Besarabia hasta Grecia.

Con el traqueteo del tren se quedó dormido, la mejilla pegada al vidrio.

Envuelto en un abrigo de piel comenzó a hablar solo y a pensar que la desgracia, como la felicidad, no es eterna. Dormía donde la noche lo atrapaba. Aún era joven, pero parecía viejo con el cabello ralo y la barba larga. Se acordaba del olor de los arenques y era siempre un niño al que le habían roto el corazón a puñetazos.

Los años pasaron, y él siguió en su obstinada búsqueda. Anduvo de un trineo a otro, de un barco a otro, de un tren a otro, bajo ventiscas, desde el Dniéper hasta el Vístula, desde El Pireo hasta Creta. Cuando llegó a Checoslovaquia, le faltaban treinta y tres firmas.

En una plaza de Praga conoció a Lena. Por las tardes, atravesaban el Carlovo Most y se detenían a mirar las aguas del Moldava y las cúpulas verdes del otro lado del puente.

Cuando abordó el tren a Varsovia, en el andén, bajo la lluvia fina, quedó Lena con

las manos sobre el vientre abultado. Las ruedas hacían crujir la nieve sobre los rieles. “Si en diez años he juntado ochenta y siete firmas, cómo no voy a conseguir las que me faltan”, se dijo.

En Varsovia consiguió tres, en Budapest una, entre Atenas, Creta y Salónica cinco más, y en Alepo completó el pergamino. Cuando tuvo las firmas que necesitaba, volvió a



recordar aquella triste boda, sin sentir rencor por nada ni por nadie.

Subió al tren que lo dejaría en Odessa y se vio mostrándole a todos que había cumplido con la Ley. Miró la estepa; no había caminos, la nieve los cubría, la tormenta golpeaba sobre la ventanilla de su compartimiento.

El tren se detuvo en Kishinev. Subieron dos cosacos y se sentaron frente a él. Estaban borrachos, hedían, y lo miraban con los ojos rojos de alcohol y furia. Aczel pensó en cambiar de lugar, nunca había visto unos ojos así, cruzó el fuelle, pero en el otro vagón no había asientos y tuvo que volver. Los cosacos reían.

Envuelto en su abrigo de piel Aczel pensó que estaba con Lena y que el hijo ya había nacido.

Uno de los cosacos le echó un escupitajo. Aczel no dijo nada y se levantó del asiento. —¿Pero adónde vas judío narigón? —le dijo el cosaco.

Los cosacos lo golpearon y lo arrastraron

hasta la salida, y de un empujón, lo arrojaron al vacío.

Alcanzó a sentir que el hielo de la estepa le hería la cara. Había sido un hombre y ahora no era más que un bulto enterrado en la nieve. En ese momento un niño pasaba por el lugar con su trineo. Vio ese bulto cubierto por el manto de plata y se acercó. Aczel escuchó la voz de un niño que le decía algo y abrió los ojos: le dolía todo el cuerpo. Le preguntó cuánto faltaba para Odessa y el niño dijo que ya estaba en Odessa.

Los copos de nieve bailaban a su alrededor. Aczel sintió que sus piernas se hacían largas como zancos y se puso de pie y caminó entre las flores de hielo, el pergamino asido fuertemente con las manos.

1. *Jalvá*: Pasta de maní cocida con azúcar.
2. *Mazeltov*: Suerte.
3. *Mujik*: Campesino ruso.

Perla Suez nació en Córdoba. En 1997 recibió la **Mención Especial del Premio Mundial de Literatura Infantil José Martí** por el conjunto de su obra. En enero de 2000 fue finalista del **Premio Apel les Mestres** de la Editorial Destino de Barcelona por su cuento “Tan lejos, tan cerca”. Fue directora del CEDILIJ, Centro de Documentación e Investigación en Literatura Infantil, de Córdoba, y cofundadora de la revista *Piedra Libre*. Publicó entre otros libros: *Memorias de Vladimir*, *El viaje de un cuis muy gris*, *El árbol de los flecos* y *Dimitri en la tormenta*.

La lluvia

por **Samy Bayala**

Tal vez Ruperta y Fulgencio se peleaban porque hacía mucho tiempo que llovía fuerte. O quizás llovía fuerte porque hacía mucho tiempo que Ruperta y Fulgencio se peleaban. Vaya uno a saber. Lo cierto es que cuando ella decía: –“Croac”–

Él respondía: –“Cric”–

Cuando ella lo pensaba mejor decía: –“Cric”–

Él de puro caprichoso respondía: –“Croac”–

Así pasaban los días entre lluvia y granizo.

Ruperta ya no tenía ganas de arreglarse cuando Fulgencio la venía a buscar, –“si total peleamos todo el tiempo”– pensaba.

Y Fulgencio llegaba siempre tarde a las citas, –“porque total nunca nos ponemos de acuerdo”– decía.

Lo peor de todo sucedió una tarde en que Fulgencio se animó y le llevó una flor para hacer las paces de una vez y para siempre.

Y Ruperta ofendida porque él la había dejado plantada el día anterior, le gritó fuerte:

–Croacc, a mí no me gustan las flores, ¡croac!–

Pero después que Fulgencio se fue, lo pensó mejor y se arrepintió.

Entonces fue a llevarle un dulce hecho con sus propias manos.

Y Fulgencio, de despechado nomás, le dijo que a él tampoco le gustaban los dulces.

Después de muchos cric, croac y crócróc desencontrados y de muchos dimes y diretes (porque cuando una pareja de sapos pelea todos los vecinos opinan) los dos sapitos pensaron que lo mejor era no verse por un tiempo.

–“Tal vez, viviendo en otro charco nos extrañamos y entonces, quien te dice, a lo mejor las cosas pueden arreglarse algún día”– dijeron casi a coro.

La tarde de la despedida Fulgencio estaba triste.

Ruperta también estaba triste.

Sin embargo, cuando se dieron el beso del adiós, la lluvia fue menos fuerte.

Y en el cielo gris de todos los días, un rayito de sol buscaba un agujero por dónde asomarse.



Samy Bayala nació en 1967 en Buenos Aires. Es escritora, investigadora en el área de la literatura infantil y coordinadora de talleres de expresión literario y animación a la lectura. Su primer libro de cuentos *Rayo de Luna... Claro de Sol* fue publicado en 1993. El presente cuento fue sacado de *Cuando los sapos se enamoran*, Edit. Libresa, Quito, Ecuador

La Tentación

por **Graciela Cabal**

De todos los animales que se paseaban por el Paraíso, la serpiente* era la más astuta.

Y siempre andaba atrás de Eva, llenándole la cabeza.

–Ssss, ssss, Eva... ¿Adónde va, tan apurada?
¿Mucho trabajo?

–¡Ay, no, señora serpiente! Ni mucho ni poco... ¡Nada de trabajo! Y yo quiero hacer algo... ¡Pero resulta que ya está hecho todo!

–Es lo que yo ssssiempre digo ¿vio?:
nosotrassss no nacimossss para estarnossss
mano sobre mano... Sssss... Y ssssi encima
andan por ahí prohibiendo cosassss... no hay
quien aguante en el Paraíso...

–Ah, no, eso no. Ni a Adán ni a mí nos
prohibieron nada...

–¿Cómo que no? Ssssi me contó el pajarito
que Diossss lessss prohibió
termi–nan–te–men–te comer los frutos
mássss exquisitossss del jardín.

–Todos los frutos podemos comer–contestó
Eva–. Solamente los de ese árbol nos dijo
Dios que no comiéramos. ¡Pero total, hay
tantos árboles!

–Ssss, ssss... ¡Ja, justo lossss de ese árbol!
Ssss, ssss... Me lo imaginaba... Pero que

pena tan grande, dossss personassss
jóvenessss, ssssimpáticassss...

–Es por nuestro bien, nos dijo Dios. Que si
comíamos de esos frutos, nos íbamos a
morir. Eso nos dijo. Así que...

–¡Eso lessss dijo! Ssss, ssss. ¡Pero qué
mentiroso! ¡Habrás visto! La verdad essss
que no pensé que un sssseñor tan mayor
fuera capazzzz de... Ssss, ssss... Aunque
mejor me callo... ¡Sssciérrate, sssciérrate,
boca! Sssssssss...

–No, hable, querida, cuénteme... este...
digo... ¿son muy ricos los frutos ésos?

–¿Ricossss? ¡Noooo! ¡EXQUISITOSSS!

–¿Y no hacen... mucho mal?

–¿Mucho mal? ¿MUCHO MAL, DICE?
Sssssss... ¡No me haga reír, m' hija, que me
chorrea el colmillo! Sssssss... Yo diría:
mucho bien...

–A ver, cuente, cuente, que soy toda oídos y
tiempo es lo que me sobra aquí en el Paraíso.

–Bueno... Pero mire que yo no quería,
¿eh?... Acérquese, querida, que sssse lo digo
en la oreja: ssssi ustedessss comen los
frutossss del Arbol de la Ssscienza del Bien
y del Mal... ¡ssserán poderososs!

–¿Poderosos?

–¡Poderosísimossss...! ¡Como diosessss...!
 –¿Como dioses?
 –Ssssí... ¡Y los ojossss sssse lessss abrirán así de grandessss, mire lo que le digo! ¡Y podrán decidir ustedessss mismosssss qué cosassss están bien y qué cosassss están mal! ¿Qué le parece?
 –Y eso... ¿es muy importante?
 –Psssssssssss...

Entonces Eva no aguantó más: fue hasta donde estaba el árbol prohibido, estiró la mano, cortó una fruta y le pegó un mordisquito.

–¿Y? –preguntó la serpiente-. ¿No essss deliciosa?

–¡Deliciosa! –dijo Eva, para no pasar papelón. Porque, la verdad, esa fruta no era nada del otro mundo, además de estar un poco pasada-. Le daré a probar a mi marido, que es tan goloso. ¡Adán, querido, mira lo que te tengo!

Al principio Adán no quiso saber nada.

–Te repito, mujer, que Dios me dijo que nos moriríamos.

–Y yo te repito, marido, que la serpiente –una señora muy bien, muy preparada, si vieras– dijo que nos volveríamos poderosos.

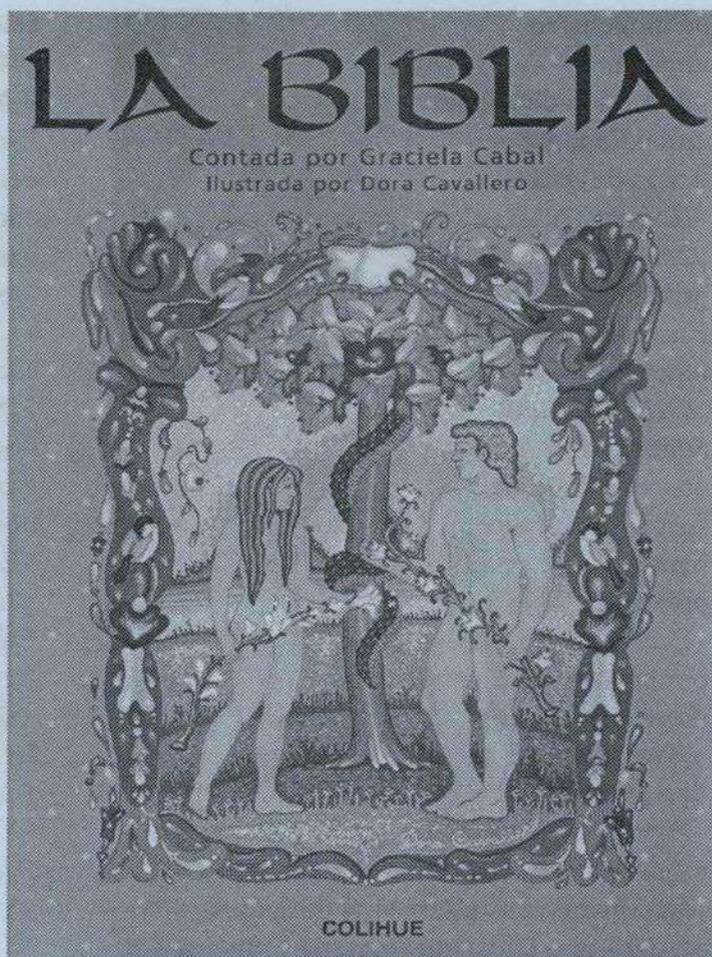
–¿Poderosos, Eva?

–Como dioses, Adán.

–¿Como dioses, Eva? Dame un mordisquito...

Al rato nomás, Adán y Eva sintieron que algo raro les estaba pasando.

Si no ¿por qué se miraban y tenían vergüenza, uno de otro?



–¡Ay, estoy desnuda! ¡Ahora qué me pongo!
 –gritó Eva mientras corría a cubrirse con hojas de higuera.

–¡Ay, estoy desnudo! Eva ¿me prepararías un taparrabos? –gritó Adán mientras se ocultaba entre los árboles.

De muy buen humor estaba Dios. ¡Tan linda y fresquita era la mañana!

Por eso pensó hacer un paseo y, de paso, ver cómo andaban las cosas entre Adán y Eva.

–¡Adáaan! ¡Evaaa! –gritó Dios-. ¡Adivinen quién llegó!

–¡Oh, no! –dijo Adán, escondiéndose detrás

de un helecho gigante.
 -¡Oh, no! -dijo Eva, escondiéndose detrás de Adán.
 -¡Evaaa! ¡Adáaan!
 ¡Chicos! -siguió gritando Dios. Hasta que, de repente:
 -¡A... a... aquí, Señor! -dijo Adán, con voz finita del susto-. Pe... pero mejor... eh... vuelve otro día...
 -E... eso, otro día -siguió Eva-. Por... porque hoy no estamos... pre... presentables...
 -¡Presentables! ¿Y eso qué quiere decir? -preguntó Dios.
 -Digo... eh... decimos que hoy... que hoy estamos... eh ... Continúa, Eva...
 -Que hoy esta... estamos... desnudos...
 -¡Ajá! -dijo Dios, que empezó a ponerse colorado, como cada vez que se enojaba-. Con que desnudos, eh... ¿Y eso qué importa?
 -¿Qué importa, Señor? -se animó Adán, asomando la cabeza por detrás del helecho-. ¡Es que nos da vergüenza!
 -¡Ajá, vergüenza! -dijo Dios, muy colorado-. ¿Y qué es la vergüenza, Adán?
 -La vergüenza es una cosa, Señor... -quiso explicar Adán- una especie de... que a uno lo... y entonces, claro... ¿Me entiende?
 -¡NO, ADAN, NO ENTIENDO! -dijo Dios, muy pero muy colorado.
 -Lo que Adán quiere decir, Señor -intentó ayudar Eva-, es que cuando uno, una... esteee... tiene vergüenza... le viene un



calor... bueno... y entonces... todo es tan...
 ¿Me explico?
 -¡No, EVA, NO TE EXPLICAS! -gritó Dios, que ya no estaba colorado sino blanco, como le pasaba cada vez que, además de enojado, se ponía triste-. Lo que a mí me parece es que ustedes anduvieron cerca del árbol prohibido...
 -¿Nosotros? ¿Del árbol prohibido? -se escandalizó Adán-. ¡Nunca!
 -¿Seguro, seguro? -preguntó Dios.
 -Seguro, Señor -dijo Adán-. A nosotros, el árbol prohibido, ni fu ni fa... Además, tiene unos frutos más desabridos que no sé qué.
 -Eso -dijo Eva-. ¡Nada que ver con las peras, que son tan dulces...!
 Entonces Dios se puso verdaderamente furioso.
 ¡Si hasta más alto les pareció a Adán y a Eva!
 ¿O sería que ellos se habían achicado?
 -Yo no quería, Señor -se defendió Adán-. Pero la mujer que me diste me convenció.
 -Y a mí, Señor -se defendió Eva-, me tentó



la serpiente que pusiste en nuestro jardín.
 -¡No, si ahora va a resultar que la culpa la tengo yo! -dijo Dios, mitad blanco, mitad colorado. Y después, agregó, a los gritos:
 -¿Saben lo que les digo? ¡FUERA!
 ¡Ahora mismo se me van los dos de aquí! ¡Rapidito y sin chistar!
 Enseguida llamó a

la serpiente:

–Por lo mala que fuiste, yo te castigo: desde ahora en adelante te arrastrarás y comerás polvo.

Después la llamó a Eva:

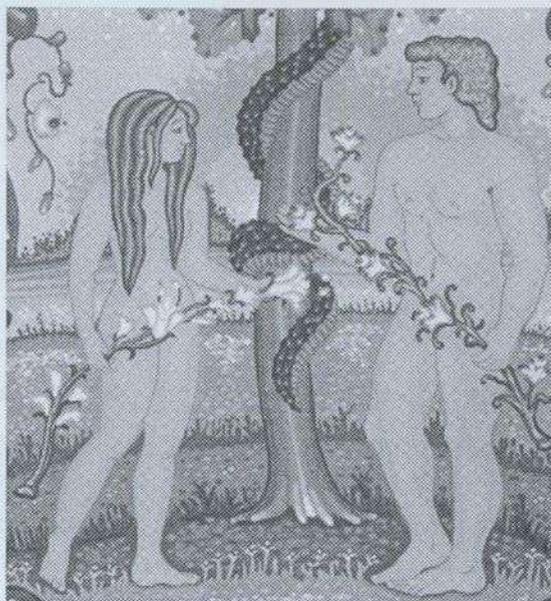
–Sufirás con tus hijos, Eva. Y tu marido querrá mandarte todo el tiempo.

Muerto de miedo, Adán esperaba turno.

–Adán –dijo Dios, y de triste que estaba parecía más viejo–, todos los días de tu vida tendrás que trabajar, aunque estés muy cansado. Y, escucha bien esto, Adán: ganarás el pan con el sudor de tu frente. ¿Soy claro?
–Más o menos, Señor –contestó Adán–. Con eso del pan y el sudor me hice un lío...

–Quiero decir, Adán, que para comer y para dar de comer a tu familia –Dios hablaba lentamente, así Adán lo entendía– vas a tener que esforzarte mucho, transpirar mucho. ¿Sabes lo que cuesta hacer un pan?

De sólo oír a Dios, el hombre ya estaba cansado. Igual alcanzó a preguntar:



–¿Y después de trabajar y trabajar, Señor?

–Después volverás a la tierra, Adán, porque de polvo te hice y al polvo volverás.

–Ah, no, Señor –dijo Adán–. Eso sí que no lo entiendo.

–Ya lo vas a entender, Adán. Con el tiempo... Y tan triste estaba Dios cuando dijo eso, que Adán estuvo tentado de consolarlo.

Después Dios fabricó unas ropas gruesas para Adán y Eva. Y los acompañó

hasta la puerta del Paraíso. Cuando pasaron cerca del Arbol de la Vida, Adán estiró la mano. Pero Dios lo detuvo.

–Era nada más que para el viaje –se defendió Adán. –Es que el que coma de este Arbol, Adán, vivirá para siempre... y ustedes... Llegaron al final del Paraíso y Dios los despidió.

Ya no parecía estar tan enojado.

Adán y Eva miraron el mundo, que se extendía más allá del Paraíso, y tuvieron miedo. “Menos mal que estamos juntos”, pensaron los dos. Y, tomados de la mano, echaron a andar.

* Muchos pueblos antiguos adoraban a la serpiente como diosa de la fertilidad. En la tradición cristiana, la serpiente representa al demonio.

Graciela Beatriz Cabal nació en Buenos Aires en 1939. Es profesora de Letras y fue presidenta de ALIJA entre 1993 y 1995. Es autora de *Cosquillas en el ombli-go*, *Carlitos Gardel*, *Las rositas*, *Historieta de amor* y *Barbapedro*, entre otras obras. Recibió el Premio Ricardo Rojas a la novela *Secretos de Familia* y acaba de ser distinguida con el Pregonero de Honor por su trayectoria. “La tentación” es uno de los capítulos de *La Biblia* contada por Graciela Cabal e ilustrada por Dora Cavallero, Ediciones Colihue, 1997.

El hijo del diablo

por **Dora Alonso**

La viuda de un yerbero estaba durmiendo en su casa del monte. Durmiendo en su hamaca. Y sintió hambre. Ahora ella siempre tenía antojos, porque iba a parir un hijo del hombre que se le había muerto. Cogiendo un machetín, se fue a buscar comida, camina y camina. Al doblar por un trillo vio un huevo muy grande dentro de una macolla de yerba de Guinea. Se puso muy contenta. Lo recogió y se lo llevó para su casa. Como era un huevo grandísimo, para sancocharlo la mujer necesitó buscar la paila donde bebían las bestias. Rajó leña, la metió en el fogón y al poco rato vio levantarse la candela, hervir el agua y saltar el huevo como cosa mala y como nunca se había visto. Todo el tiempo que pasó hasta que el huevo se puso duro hizo una bulla dentro de la paila que daba miedo. Pero ella no hizo caso. Pelándolo con su machetín, lo partió en dos,

le echó sal de la jícara y se lo comió. Al poco rato estaba durmiendo de nuevo, y tan llena que no podía más. Ese mismo día a las doce, la diabla, como loca, buscaba su nido dentro de la yerba de Guinea. –Me robaron mi huevo. ¡Ay, que me lo robaron! Revolvió el campo, chapeó rasilo cada matojo, buscando y buscando, pero al fin tuvo que echarse a llorar dándose por vencida. A los nueve meses, la viuda del yerbero parió jimaguas. Uno de los niños era como ella; el otro tenía uñas larguísimas, dientes como alfileres, ojos como majá. En cuanto pasó el parto la madre acomodó en su pecho a los muchachos para que mamaran. El diablito mordía el pezón y la arañaba. La madre lo quiso igual porque era su hijo de todos modos. Pasaron ocho años y todavía la diabla peleaba, acabándole la vida al marido: –La viuda del yerbero me robó a mi hijo,

que estaba en la yerba de Guinea, dentro de su cascarón. Ahora el muchacho se cría en casa ajena y aprende malas mañas. Y el diablo, cansado, le aseguraba, encendiendo su tabaco:

–Un día de estos te traeré a tu hijo, pero cállate la boca que me duele la cabeza. Al cumplir diez años, los jimaguas fueron a cortar leña. La viuda del yerbero les entregó el hacha diciéndoles:

–Vayan por el camino que no tenga joroba. Si oyen cantar una gallina como gallo, vuelvan para acá. O si la codorniz sale al camino.

Camina y camina los jimaguas. Mientras uno iba tranquilo, el otro mataba los pájaros, rompía los nidos, pisaba las bibijaguas...

Al pasar el arroyo, una gallina posada sobre un tronco quemado por el rayo, cantó como gallo.

El hijo de la viuda, dijo:

–Hermanito, tenemos que volver a la casa.

El hijo del diablo no hizo caso. Camina y camina, y en eso, salió al camino una codorniz con veinte pollitos detrás. Atraviesa el trillo, se esconde en el matorral.

Ahora sí el hijo del yerbero se pone serio:

–¡Yo no paso de aquí! Pero diablo es diablo. Lo convenció. Siguieron juntos hasta llegar al monte. La diabla asomó su único ojo y reconoció a su hijo.

–¡Qué grande está! ¡Qué lindo se ha puesto mi muchachito! Me lo robaron de la yerba de Guinea.

Los dos hermanos iban mirando los palos y marcando los que iban a tumbar:

–Este, sí.

–Este, no.

–Este, también.

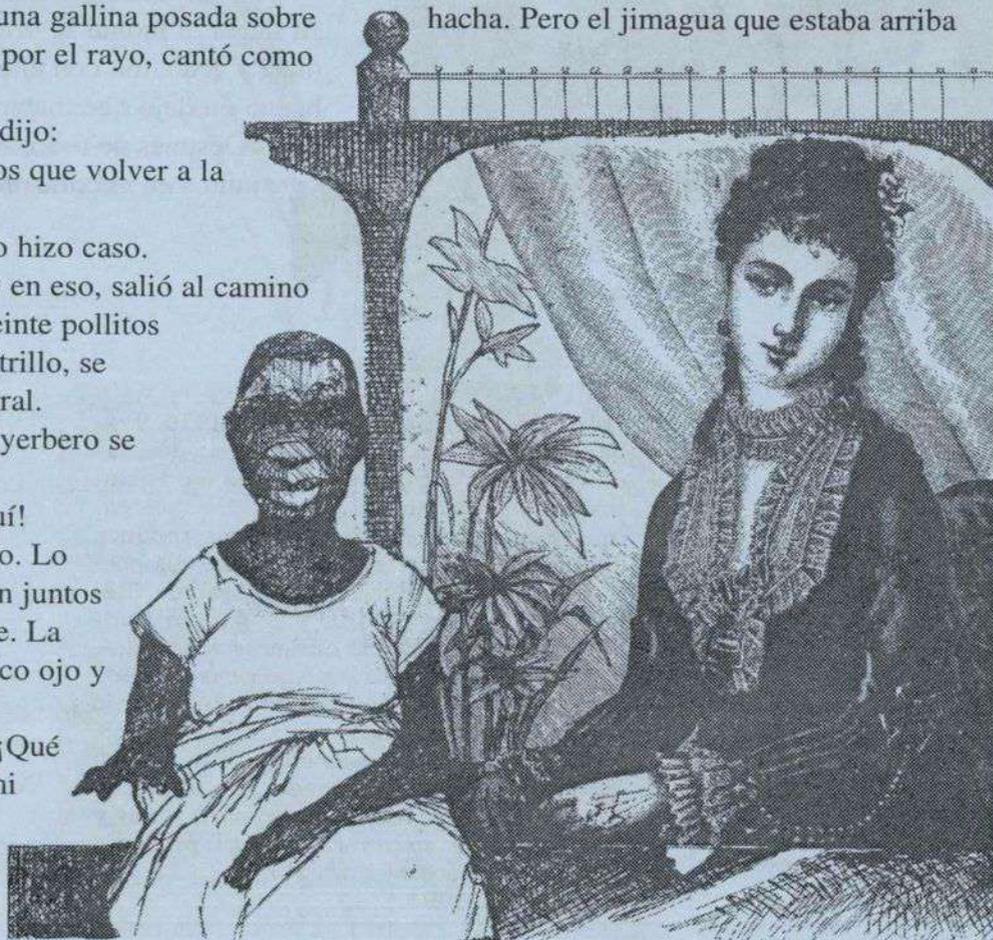
Al encontrar un palo muy grande, hermano-bueno trepó, pidiéndole el hacha a hermano-malo para empezar a cortar leña. El diablito, en lugar de entregársela, empezó a dar hacha en el tronco, para que el otro se cayera. Y decía el filo contra la mata:

Kónquiti, ¡kon!

¡Mayombre no pue!

Kónquiti, ¡kon!

El palo soltaba pedazos entre el canto y el hacha. Pero el jimagua que estaba arriba





sacó una güirita del pecho, la tiró al suelo y el tronco creció de nuevo.

—¡Já, cará!

¡Rabioso que se puso el diablito! Le avisó a los demás diablos y ellos vinieron con sus hachas y todos daban golpes, todos cantaban:

Kónquiti, ¡kon!

¡Mayombre no pue!

Kónquiti, ¡kon!

El tronco se puso fino como un hilo. Fue cuando el hijo del yerbero llamó a sus perros con el pensamiento.

En la casa, los animales pararon las orejas, oyeron la llamada, rompieron la soga...

Al llegar al monte se tiraron sobre la cosa mala y acabaron con ella. Pero hermano-bueno no dejó que mataran a su jimagua:

—Después de todo, los dos estuvimos juntos en el corazón de mi madre.

Dora Alonso nació en Cuba en 1910. Trabajó como periodista y guionista de novelas de radio y televisión producidas en distintos países latinoamericanos. Su acercamiento a la literatura infantil se produce en 1940, cuando escribe sus primeros poemas para niños. Escribió las obras de títeres *Pelusín y los pájaros* y *El frutero Pelusín*, entre otras. Entre numerosos premios, recibió el de Casa de las Américas en 1980 por *El valle de la Pájara Pinta* y el Premio Nacional de Literatura de Cuba en 1988. Es autora de numerosas obras, entre ellas: *En busca de la gaviota negra*, *La flauta de chocolate*, *Los payasos*, *Teatro para niños* y *Tres lechuzas en un cuento*. El presente relato pertenece al libro *Ponolani*, La Habana, Cuba, 1994.

El árbol de lilas

por **María Teresa Andruetto**

UNO

El se sentó a esperar bajo la sombra de un árbol florecido de lilas.

Pasó un señor rico y le preguntó:

—¿Qué hace sentado bajo este árbol, en vez de trabajar y hacer dinero?

Y el hombre le contestó:

—Espero.

Pasó una mujer hermosa y le preguntó:

—¿Qué hace sentado bajo este árbol, en vez de conquistarme?

Y el hombre le contestó:

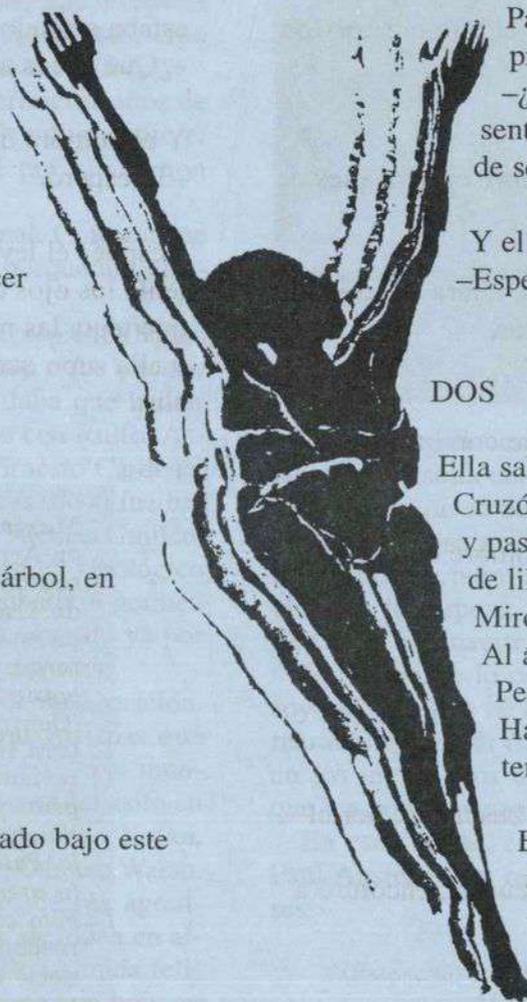
—Espero.

Pasó un niño y le preguntó:

—¿Qué hace Usted, señor, sentado bajo este árbol, en vez de jugar?

Y el hombre le contestó:

—Espero.



Pasó la madre y le preguntó:

—¿Qué hace este hijo mío, sentado bajo un árbol, en vez de ser feliz?

Y el hombre le contestó:

—Espero.

DOS

Ella salió de su casa.

Cruzó la calle, atravesó la plaza y pasó junto al árbol florecido de lilas.

Miró rápidamente al hombre. Al árbol.

Pero no se detuvo.

Había salido a buscar, y tenía prisa.

El la vio pasar, alejarse, volverse pequeña, desaparecer.

Y se quedó mirando el

suelo nevado de lilas.

Ella fue por el mundo a buscar.
Por el mundo entero.

En el Este había un hombre con las manos de seda. Ella preguntó:

—¿Sos el que busco?

—Lo siento, pero no, dijo el hombre con las manos de seda.

Y se marchó.

En el Norte había un hombre con los ojos de agua. Ella preguntó:

—¿Sos el que busco?

—No lo creo, me voy, dijo el hombre con los ojos de agua.

Y se marchó.

En el Oeste había un hombre con los pies de alas. Ella preguntó:

—¿Sos el que busco?

—Te esperaba hace tiempo, ahora no, dijo el hombre con los pies de alas.

Y se marchó.

En el Sur había un hombre con la voz quebrada. Ella preguntó:

—¿Sos el que busco?

—No, no soy yo, dijo el hombre con la voz quebrada.

Y se marchó.

TRES

Ella siguió por el mundo buscando, por el mundo entero.

Una tarde, subiendo una cuesta, encontró a una gitana.

La gitana la miró y le dijo:

—El que buscas espera, bajo un árbol, en una plaza.

Ella recordó al hombre con los ojos de agua, al que tenía las manos de seda, al de los pies de alas y al que tenía la voz quebrada.

Y después se acordó de una plaza, de un árbol que tenía flores lilas, y del hombre que estaba sentado a su sombra.

Entonces se volvió sobre sus pasos, bajó la cuesta, y atravesó el mundo. El mundo entero.

Llegó a su pueblo, cruzó la plaza, caminó hasta el árbol y le preguntó al hombre que estaba sentado a su sombra:

—¿Qué hacés aquí, sentado bajo este árbol?

Y el hombre dijo con la voz quebrada:

—Te espero.

Después él levantó la cabeza y ella vio que tenía los ojos de agua, la acarició y ella supo que tenía las manos de seda, la llevó a volar y ella supo que tenía también los pies de alas.

María Teresa Andruetto nació en Arroyo Cabral (Córdoba) y actualmente reside en Villa Allende. Escritora, profesora, Licenciada en Letras y especialista en Literatura Infantil, formó parte del equipo fundador del CEDILIJ (Centro de Difusión de la Literatura Infantil y Juvenil). Fundó la revista "Piedra Libre". Entre sus principales obras figuran *El anillo encantado* (1993), *Misterio en la Patagonia* (1996), *Huellas en la arena* (1997), *Stéfano* (1997) y *Fefa es así* (1998). Recibió numerosos premios nacionales e internacionales.

“Los dioses traman desventuras para que los hombres vengan a cantarlas”

Lo juro por la Patria y por los Santos Evangelios (según Jesucristo), que dicho sea de paso me recuerda esa obra monumental de José Saramago por la que, si fuera posible, habría que darle el Premio Nobel de aquí a la eternidad. Pero empecé tarde. También lo confieso. A los trece o catorce. Y por una circunstancia personal que me llevó a buscar en los libros, más precisamente en la ficción, un modo eficaz de evadir la realidad que me había tocado en suerte.

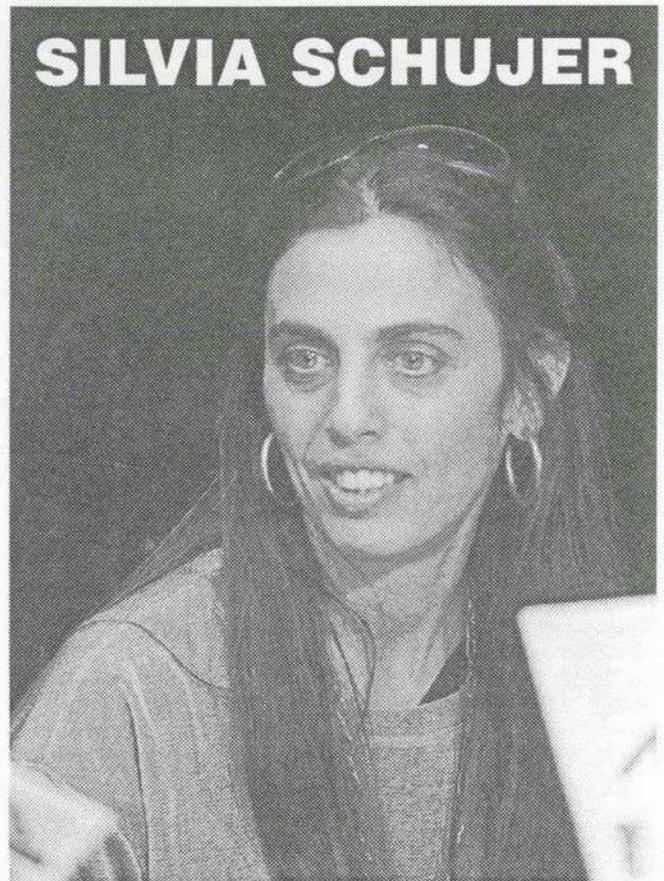
Y ahora que lo pienso, así, sin ahondar demasiado, fue ése el pacto más perdurable que establecí con la literatura: hoy, vida más vida menos, creo que esa búsqueda esencial apenas se modificó.

La cuestión es que en aquellos primeros años de soledad me instalé en Macondo. Me refugié bajo el ala de Ursula Buendía y deambulé por el aire con Remedios la Bella.

Cierto juego lo empecé por el final. Cortázar me convenció de que subiera al barco porque allí estaban *Los Premios*.

Para entonces, plena de hormonas, espí los baños de la academia militar en *La ciudad y los perros*, cuando todavía Vargas Llosa sólo daba que hablar por lo que había escrito. Y fui, junto con Rulfo, Asturias y Scorza, pero también con Ernesto Cardenal y Mario Benedetti (por qué no confesarlo si fue hace tanto) y Nicomedes Santa Cruz y Nicolás Guillén, diseñando el que habría de ser un destino ideológico propio, tan proclive el incauto a combatir el germen de este globalizado *Mundo Feliz* inaugurado ya por Aldous Huxley en la primera mitad del siglo.

Vinieron años difíciles. Muerte y desaparición. No obstante, fueron más las palabras halladas que las que se pretendieron quemar. Me estalló el mundo en el alma. Me estalló el alma. Conseguí asilo en cada uno de los libros que leí. De Sófocles a Kafka, de Stendhal a Carson Mc Cullers, de Dante a Walsh, de Gorki a Katherine Mansfield, se me fue agrandando la vida de historia en historia, de aldea en aldea, mientras el bosquejo de esta leve y tímida felicidad, tomaba, entre otras, la forma de una hoja en blanco.



“Me enorgullece más lo que he leído que lo que he escrito”, solía decir Borges cuando se lo interrogaba acerca de su obra. Y uno vive con la tentación de adherir a esa grandiosa modestia si no fuera por esta prudente humildad que sale al cruce antes de cometer la torpeza: adjudicarse sin más, la experiencia de un maestro.

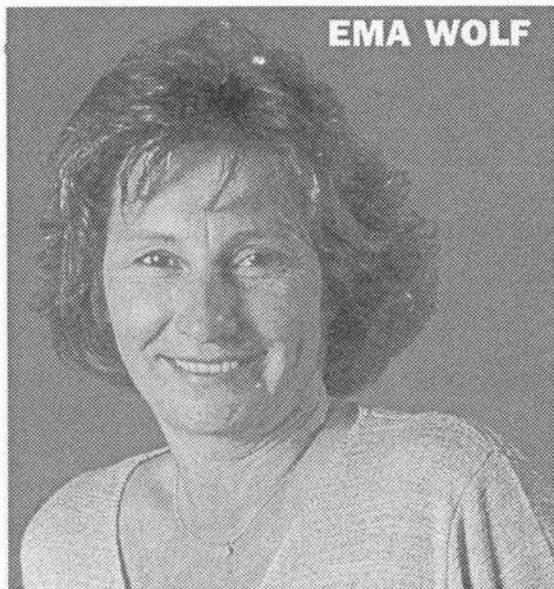
Sin embargo lo confieso. Confieso también que soy torpe. Y que he leído en uno de los tramos más maravillosos de la *Iliada* que —tal como lo ignoraba en los inicios— los dioses traman desventuras para que los hombres vengan a cantarlas.

En estas horas, con *La invención de la soledad*, Paul Auster es mi renovado encuentro con los dioses.

(Este texto fue publicado en Benjamín, Boletín de ALIJA, Año 6, N° 18, diciembre 1998, para la sección “Confieso que he leído”.)

Refugio formidable de lectores

Ema Wolf obtuvo este año el Premio Nacional de Literatura Infantil que otorga la Secretaría de Cultura de la Nación —en la producción 1994-1997— por su libro *Historias a Fernández*. Del Premio, del libro, de sus preferencias como lectora, de la creación y de muchos otros temas que le atañen, reflexiona en esta entrevista.



por Elisa Boland

-Hablemos del Premio, o de los premios, si preferís. ¿Qué es para vos recibir un premio como éste?

-En general, yo los tomo como un estímulo. Algunos más que otros, pero me importan porque son estímulos que cada tanto necesitás y sobre todo los que vienen de acá, los que te da la gente que está en la zona de la literatura para chicos en la Argentina. Me importan los premios de ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina), o la Lista de Honor de IBBY. Los premios que vienen de otros lugares son muy estimulantes, pero lo son más los que recibís del medio donde estás trabajando. Un premio lo que hace es reafirmar que lo que hiciste hasta ahora no estaba tan mal, no estaba del todo mal hecho y que está dentro de un camino respetable. Pero no hay que pensar que al ganar un Premio Nacional llegaste a algún lado, no, porque está todo por hacer y el próximo libro va a ser más difícil que el anterior porque no sabés qué vas a hacer. Digamos que son cosas que se valoran hacia atrás, sobre lo ya hecho. No podés pensarlo como llegar a un lugar que tiene carácter definitivo. Esa es la idea. Esto es como chapotear en un pantano. No sabés si te va a salir, qué vas a querer hacer el año que viene, si te va a salir lo que querés hacer...

-Hablemos de Ema Wolf lectora ¿qué lecturas o autores preferís?

-Mi preferencia fue siempre por la narrativa, por el cuento y la novela; siguen siendo. Básicamente soy una lectora de narrativa. Me interesan los autores de habla inglesa, creo que han sido los que han dado lo mejor de los últimos cincuenta años. Leo narradores norteamericanos e ingleses, y bueno, por supuesto, latinoamericanos. Los escritores del sur de los Estados Unidos; la escritora Carson McCullers, John Steinbeck; me gusta Salinger o Ambrose Bierce. También algunas cosas de Paul Auster o de John Irving, que es un escritor a lo Dickens, me encanta... y bueno Melville, por supuesto, desde ya *Moby Dick*. También Henry Miller...

-¿Cómo aparecen las lecturas de un escritor en lo que escribe, o la realidad que lo circunda, además de los libros que lee?

-Yo no soy consciente. Lo que veo, lo que escucho, lo que me cuentan, aquí y ahora, y además, mi historia personal. Uno trabaja con su historia pasada y con la futura. Estás en un lugar, tenés una infancia y una juventud incorporada y también tenés una futura senilidad. Digamos que uno es un sujeto histórico porque vive en una realidad que te alimenta

todos los días, y por otro lado, hay un sedimento de lecturas que se pone a funcionar cuando vos te embarcás con el propósito de contar nuevas historias. Yo creo que uno transporta su memoria, y en su memoria está todo mezclado. No puedo discriminar, no puedo decir: esto pertenece a tal zona, esto pertenece a tal otra. Hay cosas que vos podés conocerlas, es como la parte de afuera del iceberg, yo te puedo describir muy lúcidamente en qué consiste el libro *Historias a Fernández*,* pero los dos tercios restantes que están debajo del agua yo no los conozco, no sé por qué se producen, de dónde salen y cuál es la necesidad de contar eso y no otra cosa. Entonces, uno transcurre con su memoria que es como una especie de lugar donde se condensa todo, de la experiencia, de lo leído, de lo vivido, de todo eso.

-Te escucho y, desde afuera, me surge la imagen del escritor como una especie de bisagra entre las lecturas y lo que escribe, una bisagra que articula y pone a jugar ambas cosas.

-Sí, y la bisagra es como el lugar del desacomodo, porque cuando vos lees y además mirás la realidad, cuando te ponés a escribir algo es porque hay algún desacomodo entre tu deseo y esa realidad, sin ninguna duda. Nadie se pone gratuitamente a construir una historia si no es a partir de algún tipo de desacomodo, de una insatisfacción, entre lo deseado y lo posible.

-¿Como estar buscando respuestas?

-Sí... algo querés rectificar cuando te ponés a escribir. No sabés qué cosa es, pero nadie se pone arbitrariamente a construir personajes, escenarios y a fabricar mundos si no es a partir de algo que querés rectificar. Quizá rectificar no sea la mejor palabra porque se puede malinterpretar, dentro de la literatura para niños, como si uno quisiera rectificar al niño, o algo así, no, no es eso, no tiene nada que ver con el niño. Quizá es que estás mostrando un desacomodo. Creo que es así, pero no es consciente. Algo querés decir, y es porque hay un tipo de desacuerdo con algo previo.

-¿Cuáles fueron tus lecturas de infancia?

-Mis lecturas han sido, en su mayoría, lecturas de espacios abiertos. Y aún hoy siguen siéndolo. Yo soy muy claustrofóbica (Risas). Yo era una lectora de Salgari, de Verne, de Rafael de Sabattini, de todos los libros de la Colección Robin Hood... nunca me interesó el relato intimista, por ejemplo, a lo Luisa M. Alcott, era lo menos atractivo para mí. No era lo que a mí me importaba. Ni Beth, la que mo-

ría tuberculosa, ni lo buena que era Megg, y toda esa morolina. Tampoco los niños tipo asilo de Plumfield, tan buentitos... que cometían faltas y pedían perdón enseguida por cualquier cosa. Eran como relatos de puertas adentro y yo necesitaba oxígeno, necesitaba aire libre. Me encantaba Melville, por supuesto, desde ya *Moby Dick*, porque más espacio abierto que ése... Pero mi gran favorito, el autor de mi alma es Conrad. Yo pasé de Salgari a Conrad, puedo sintetizar mi evolución como lectora así, de Salgari a Conrad.

-En esa época vos ya hacías una elección muy clara de tus lecturas...

-Sí había una elección, a lo mejor porque vivía en una casa con árboles, rodeada de espacios abiertos...

-¿Dónde leías, en qué lugares?

-Leía en mi pieza, en la antecocina, en el living o trepada a la horqueta de un árbol... en el galpón de mi casa, arriba de un árbol o abajo de un árbol. Afortunadamente, siempre tuve lugares silenciosos para leer, que hoy los chicos no los tienen, pero yo sí los tuve.

-¿Qué era para vos leer en aquella época de la infancia?

-La lectura para mí significó seguir en el planisferio los itinerarios de los personajes de Salgari o de Verne. Mi satisfacción era descubrir esos lugares en el mapa del mundo.

-¿Cuál fue el primer libro que leíste, te acordás?

Sí, fue *Los tigres de Mompracem*. Es el primero de los quince libros de la saga de Sandokán, de Emilio Salgari. Mompracem era la isla de Sandokán.

-¿Existía esa isla, la encontraste en el mapa?

-No, no existía. Yo buscaba la isla en el planisferio e imaginaba que como era tan pequeña, por eso no estaba. Fue una invención literaria... Yo recuerdo un párrafo de ese primer libro, el comienzo, lo sé de memoria...

-Decilo, por favor...

-"La noche del 20 de diciembre de 1849, un violento temporal azotaba las costas de la salvaje isla de Mompracem, refugio formidable de sanguinarios piratas, situada en el Mar de la Malasia a pocos centenares de millas de las costas occidentales de Borneo". Wolf repitió la frase "refugio formidable de sanguinarios piratas..." y cuando recuperamos el aliento volvió sobre su recuerdo de lectora:

-Después de esa descripción, me acuerdo que venía una escena maravillosa del pirata que camina, como un tigre enjaulado, en su guarida, angustiado porque no tiene noticias de sus hombres. Después está la descripción del pirata... por supuesto yo estaba enamorada totalmente del pirata.

-¿De ahí ya viene tu fascinación por la literatura de viajes?

-Es que... Toda la geografía de Oceanía, Sumatra, Borneo, la India... Yo sabía de historia y de geografía por la literatura. Me enteré de las Guerras Púnicas leyendo *Cartago en llamas* de Salgari y que la India era colonia inglesa y el lugar donde se pescaban las perlas... Y lo que era Siberia, yo lo aprendí a través de Salgari. Los libros me abrían el espacio y el tiempo, me abrían esas coordenadas. Otros lectores buscan otras cosas porque es lo que necesitan. No hay dos lectores iguales. No conozco dos personas que busquen lo mismo en los libros.

* *Historias a Fernández* ha sido publicado por Editorial Sudamericana.

Esta entrevista fue realizada en febrero del 2000, originalmente preparada para el Suplemento Cultura de *La Nación*. Una parte de la misma publicamos en este número de *La Mancha*. La versión completa aparecerá en la Revista Latinoamericana de Literatura Infantil y Juvenil IBBY. La foto es de la "Revista" dominical de *La Nación*.

NOVEDADES JULIO

LOS CAMINADORES



¿QUERES QUE TE CUENTE UN CUENTO?

PRESENTAMOS UNA COLECCIÓN PARA QUE ACOMPAÑES A LOS CHICOS EN SUS PRIMEROS PASOS.

PROMOCIÓN ESPECIAL EN LIBRERÍAS, CON LA COMPRA DE UN LIBRO, UN ROMPECABEZAS DE REGALO.



EDITORIAL SUDAMERICANA PRESENTA EN LA FERIA DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL.

- Lunes 17 de julio, 16:30 hs, Sala Mané Bernardo: Presentación de las novedades 2000 de la colección Pan Flauta: *Cartas de amor* de Jorge Accame, *El enigma del Barquero* de Laura Devetach, *¡Ajij!* de Sandra Filippi. Coordinará Canela.
- Miércoles 19 de julio, 16:30 hs, Sala Mané Bernardo: Presentación a cargo de Canela del libro *Ortografía en Juego* de Silvia Schujer. Acompañará a la autora la Lic. Graciela Guariglia.



Atención Docentes: los que concurran a las Jornadas para Docentes y Bibliotecarios del 17 al 19 de julio accederán a nuestros actos de forma directa, de manera contraria solicitar entradas de acceso libre gratuito en Editorial Sudamericana (Dpto. de Promoción de Literatura Infantil y Juvenil).

E-mail: prominfantil@edsudamericana.com.ar - Tel: 4300-5400.

En el marco de la 26ª FERIA del Libro, **Eduardo González** coordinó para ALIJA "Los talleres del Discutidor". He aquí la crónica.

Y SE ARMO LA DISCUSION POR CULPA DE UNA POLLERA...

La primera semana arrancó movida: Ana María Shúa apareció montada en su "Azabache" y nos contó un montón de cosas y de su pasión por los libros y los prospectos de los remedios y los nombres raros de las máquinas de la fábrica de su viejo y del miedo que le daba un libro de Rodolfo Walsh.

Después siguió don Germán Cáceres que arremetió con Superman y el Eternauta y nos contó un cuento de su "Soñar el paraíso" y nos terminó convenciendo que al final, después de tanta bamboya y envase cibernético, a los pibes les gustan las mismas cosas que le gustaban a él cuando gurí: el terror, la ciencia-ficción y las aventuras.

Terminamos la semana con la Laura Devetach que se nos vino afiladísima y trajo un montón de revistas y libros y recetas de cocina y hasta una poesía en una propaganda de medias y su libro de la primera comunión. Nos habló de su textoteca, de cuando era chica y llevaba esquelitas a las vecinas del pueblo y hablaban de literatura... Y la Laura terminó diciendo que esto del e-mail es como una especie de esquelita que uno escribe así nomás pero que al final de cuentas es palabra escrita. ¡Un luzazo!

La segunda semana empezó con Treinta y tres de mano y "El Tata" de espada. Arrancamos el martes, para colmo era martes que ni te cases ni te embarques y según parece el abuelo del Gustavo Roldán se embarcó un martes y naufragó por el Bermejo y se casó con una india. Así nos contó el sapo.

Decía que el martes vino cargado y amenazando tormenta. El Tata Roldán se me vino al humo con una patota de animales: piojos, pulgas, sapos, pumas, elefantes y hasta un dragón que me quemó los pelitos del brazo cuando estornudó. El Tata nos contó que en el monte, cuando el monte era una fiesta y él andaba caminando despacio, casi sin pisar las hojas, É como si el ruido pudiera molestar; nos contó que en el monte leyó una pila inmensa de no libros: historias de domadores, de corredores del monte, gente digna, como el piojo del cuento que se le animó al puma. Y el Tata nos confesó que a él le hubiera gustado ser domador, porque, entre otras cosas, las mujeres andaban como locas tras ellos.

Después vino la librería de Don Molina y Los Tres Mosqueteros y Sandokán y Las Mil y una noches. Y, sé que no me lo van a creer, cuando empezó a hablar de esas cosas, del bolsillo le saltó una salamandra. Casi le pido que me pegue una bofetada para no olvidarme de ese momento.

Pero lo peor de lo peor fue cuando nos largó el falta envido y truco con un sapucaí que hizo callar la FERIA. El Tata dijo así, muy suelto de cuerpo, que los dragones, los sapos y los piojos son todos la misma cosa. Terminó con un cuento hermoso, un cuento de esos que cuentan los indios; el de la paloma blanca, no era la que estaba sentada en el verde limón, era la paloma de Metzgoché.

Pablo De Santis es un hombre de Fierro. Como siempre que lo llamamos, vino al taller preparado y con ganas de sacarle jugo a la mollera y Alicia Salvi condujo el taller de maravillas porque a mí me pasó una cosa terrible y no pude llegar a tiempo. Resulta que subí al colectivo para ir a la feria; después de sacar el boleto me senté y, siguiendo los consejos del libro del De Santis, agarré una de las moneditas que me dio por vuelta la máquina, y la puse bajo la lengua y... ¡Lo vi al Aqueronte ese! ¡Julepaso infernal! Bajé y me fui a rezar un Padrenuestro.

Jorge Dubatti se vino bien acompañado y con la biblioteca a cuestas. La Nora Lía lo presentó como corresponde y ahí nomás encaró la cosa. Hombre de radio, sabedor de climas y silencios, nos hizo pasar uno de esos momentos que no se olvidan así nomás. Nos contó que esto de la escritura es un misterio, que no se sabe bien por qué a un chico le da por empezar a contar cosas y escribirlas. Habló de don Manucho Mujica Lai-

nez, del Ricardo Piglia, uno que le gusta andar quemando billetes, y que no leyó mucho de chico, como Tizón que empezó a leer tarde. (Tarde pero seguro) Parece que Abelardo Castillo quería ser cura y empezó leyendo la vida de los santos. De don Bioy Casares, uno que hasta por las iniciales ya estaba predestinado a las letras, contó que desde gurí, la familia lo empujó a que escribiera. Como para ponerse envidioso, lo único que hacía don Bioy era nadar, jugar al tenis, leer y escribir. Sería muy largo hablar de todo lo que este sabio hombre, don Jorge, nos contó. En sus palabras desfilaron Sartre, Canela, Borges, Liliana Hecker y otros tantos. Contó que Marcel Proust uno que escribió "En busca del tiempo perdido" contó cómo había sido su relación con los libros. Lo que me llamó la atención que, este Marcel, además de copiarle el nombre del taller, dijo que el pasado no existe, que en realidad es una construcción y que cada uno escribe su propia historia como una novela. ¡Raros son los escritores, gente sesuda! Y se fue nomás don Jorge y nos dejó con ganas de seguirlo escuchando. Por suerte está en la radio.

La última semana arrancó con un cuento. Una historia hermosa, la historia de la niña sapo, la que se volvió monstruo por no ir a la escuela y a mí me dieron ganas de no ir más a la escuela, ni a trabajar, ni nada, y quedarme ahí escuchando a Ana María Bovo, que lo contó tan lindo que hasta vi cuando la nena cantaba en ese escenario de circo pobre. Y me quedé duro, como los cosos de piedra de la Isla de Pascua, escuchando esa historia É maravillosa y confieso que me costaba preguntar para no interrumpir el clima.

Nos confesó que ella con los libros entabla una relación especial, que le cuesta dejarlos cuando terminan y empezar uno nuevo. Nos dijo que cuando gurisa escuchaba las historias que contaban los grandes.

Contó un cuento para chicos y los grandes nos quedamos pavotes, como para demostrar que no son tantas las diferencias y nos habló de sus secretos narrativos, del cine y el maní con chocolate y de unas calas que le echaban agua jabonosa para crecer y ahí me acordé de mi abuela que hacía eso y casi se me panta un lagrimón.

A don Mariño no lo pude acompañar porque yo tenía que viajar a Chivilcoy; pero me acordé todo el viaje de sus historias del circo y de los sapos y del insoportable. Siempre pienso una cosa que él escribió en una revista manchada. ¡Qué lindo eso de rumiar si atrasa la literatura infantil representando al barrio tal como era cuando los autores eran niños! Y también cuando dijo que a veces parece que los autores prefiriesen darle la espalda a la parte de la realidad de los chicos que a ellos les suena artificiosa, poco natural y se resguardan en la comodidad ideológica de presentar pares opuestos que simplifican los problemas. Y ni qué decir eso de que nuestros libros infantiles no dialogan demasiado con la cultura del dueño del cuarto. ¡Brillante el hombre de Chivilcoy!

Doña Cabal Graciela se vino con los libros al hombro. Historias de familias y mujercitas. Nos contó que los libros le habían salvado la vida y que escribir le servía para mantener a raya los fantasmas del miedo y de la muerte.

Parece que cuando chica el ángel de la guarda la tenía más que ju-lepeada y que cuando no podía dormir la mamá le contaba un cuento y que ese cuento, para ella, hoy todavía tenía la voz de su mamá pegada cada vez que lo lee. Y nos dijo que cuando chica le decía al cura que su pecado era fornicar y que eso más de una vez le trajo dolores de cabeza y más de un padrenuestro. Trajo unos libros para mujercitas que debían portarse bien y también trajo los libros que eran de la biblioteca de su papá. ¡Una cosa maravillosa lo que leyó esta sabia mujer!

Algo me dejó más que sorprendido y tal vez necesite varios años de sesuda reflexión para digerirlo. Parece ser que la mujer disfruta tanto de retorcer el trapo de piso como del contacto con el hombre. ¡Cosa e mandinga! Yo por las dudas voy a sacar el trapo de piso del balde que está en el baño, no vaya ser... ¡Dios no lo permita! Con eso de fornicar y retorcer el trapo me quedé con los cables cruzados. ¡Pero si lo dice la cencia, así debe ser! Y si no, pregúntenle a la Graciela, que ella de conjuros, ángeles y trapos, sabe un montón.

Asociación de
Literatura Infantil
y Juvenil de la
Argentina

Sección Nacional del IBBY
(International Board on
Books for Young People)



Domicilio Postal: Casilla de Correo N° 2995 (1000) Correo Central.
Sede: Biblioteca Miguel Cané Carlos Calvo 4319, Primer Piso, Buenos Aires.
Telefax: (011) 4636-2160/4582-9295
E-mail: HIPERVINCULO mailto:alija@netverk.com.ar alija@netverk.com.ar
HIPERVINCULO mailto:gruche@fibertel.com.ar gruche@fibertel.com.ar
scomino@sinctis.com.ar
PáginaWeb: www.netverk.com.ar/instituciones/alija/www.alija.org.ar

Javier Villafañe

La alegría de contar nunca muere

por **Sandra Comino**

Historia de un "cuentero"

Gianni Rodari escribió en su libro *Gramática de la fantasía*: "Creatividad es sinónimo de pensamiento divergente, o sea, capaz de romper continuamente los esquemas de la experiencia. Es 'Creativa' una mente que trabaja siempre, siempre dispuesta a hacer preguntas, a descubrir problemas donde los demás encuentran respuestas satisfactorias, que se encuentra a sus anchas en las situaciones fluidas donde otros sólo husmean peligro; capaz de juicios autónomos e independientes (...), que rechaza lo codificado, que maneja objetos y conceptos sin dejarse inhibir por los conformismos".²

Nada más adecuado para definir el pensamiento de Javier Villafañe, narrador, poeta, patriarca de los títeres, hacedor de historias, creador de numerosos personajes.

Javier Villafañe nació en Buenos Aires el 24 de junio de 1909, en el barrio de Almagro. Su niñez estuvo ligada al teatro de títeres, que improvisaba con sillas y sábanas y muñecos que fabricaba con medias. Sus hermanos y su madre Clotilde Villafañe Cané (descendiente de Miguel y Luis Cané), fueron sus primeros acompañantes de elenco.

En el barrio de la Boca frecuentó en su adolescencia el teatro "San Carlino" de los titiriteros genoveses don Bastián de Terranova y Carolina Sigatti. Admiraba a Frank Brown, las Marionetas de Dante Verzura y el teatro del italiano Vito Cantone; ellos contribuyeron a formar en Villafañe la pasión por la oralidad y la representación, donde conjugó la imaginación con la visión de la realidad, tanto en los relatos que rescató de la oralidad como en los que creó, convirtiéndolos y convirtiéndose en casi una leyenda. Su escritura sencilla pero al mismo tiempo polisémica originó un discurso valioso donde lo narrado es más importante que los géneros que aborda.

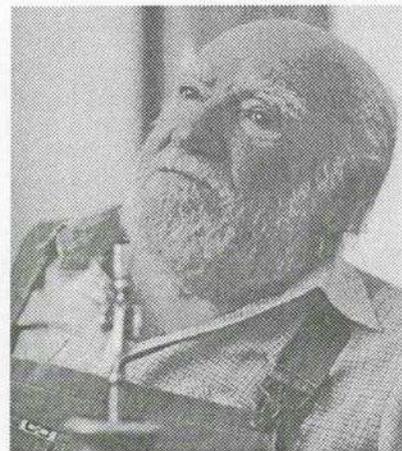
Títeres para todo el mundo

Sabemos que en principio sus historias fueron para adultos.

Su primera publicación apareció en 1934 *El figón del palillero* autoría que compartió con su amigo y compañero de viajes Juan Pedro Ramos; pero la primera obra que escribió fue en 1930, influido por Valle Inclán: *Don Juan Farolero*, cuya edición se realizó en 1936 en los talleres gráficos de Francisco A Colombo. Esta pieza titiritero fue creada mientras era soldado y junto a cinco obras más, elaboradas en diferentes fechas, apareció en un libro que se llamó: *Títeres de la Andariega*. La Andariega fue el teatro ambulante, la carreta que recorrió Buenos Aires, Luján y diversos lugares dentro y fuera del país.

Los primeros muñecos que cobraron vida en "La Andariega" fueron fabricados con mates y el primogénito se llamó Maese Trotamundos que nació el 26 de junio de 1933. Él anunció las primeras obras entre ellas *El Fantasma de Javier* y *El Ermitaño* de Juan Pedro Ramos, y conservó ese rol -el de anunciador-, para siempre.

En 1943 Villafañe organizó la Primera Exposición Internacional del Títere y publicó *Teatro de títeres* editado por Titirimundo.



Cuando uno aprende -a veces demasiado tarde- que las yerbas se secan a la sombra porque el sol les chupa las virtudes a esparcir cenizas detrás de las puertas para espantar a los fantasmas a cerrar las ventanas cada noche para no ser atrapados por el maleficio de la luna a clavar en el techo una tijera para desviar el vuelo de las brujas a colgar de las vigas una ristra de ajos para ahuyentar la mala suerte y a hacer la señal de la cruz para que lllore y se arrodille el diablo y también, como es lógico, puede ser al revés secar el sol a la sombra para que las yerbas le chupen las virtudes esparcir fantasmas detrás de las puertas para espantar a las cenizas maleficar la luna cada noche para no ser atrapados por las ventanas cerradas clavar en el techo el vuelo de las brujas para desviar a una tijera colgar la mala suerte de las vigas para ahuyentar a una ristra de ajos y hacer la señal del diablo para que la cruz lllore y se arrodille.¹

Javier y su complicidad con los adultos

No podemos encasillar a Villafañe en ningún género porque se deslizó en todos y a través de ellos cautivó tanto a los niños como a los adultos. *Circulen caballeros circulen* (1967), es una verdadera caja de sorpresas donde los relatos conviven con una novela en verso, "una receta para exterminar hormigas" y algunos sonetos donde rompe con la estructura de un libro de cuentos o de poesía tradicional, *Don Juan El zorro, vida y meditaciones de un pícaro* (1963), prohibido durante el gobierno de Onganía (1967). Costo de su exilio en Venezuela, donde permaneció trece años, es una novela de aventuras donde su personaje -el zorro-, responde a las características que provienen del cuento popular encarnando "la picardía descarada". Cada capítulo comienza con una explicación y el relato avanza a modo de los cuentos folclóricos. Hoy es un clásico no sólo en Argentina sino también en Latinoamérica.

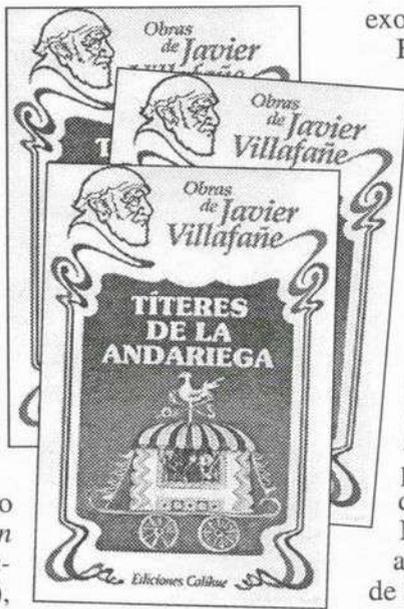
Sus cuentos conservan la estructura oral, aunque estén escritos casi a manera de fábula. Los que aparecen en *La Jaula* (1970); *La Cucaracha* (1967) libro que incluye cuatro cuentos: "El Perro Ceniza", "La Maleta", "El accidente" y "El Juicio" que ya habían sido editados en *La Maleta* (1957), tienen un lenguaje sencillo con una atmósfera de encanto donde lo fantástico se mezcla con lo real.

Una de las modalidades que lo definen como recopilador del folclore, es la paciente tarea que realizó al recoger relatos de la boca de la gente de los pueblos.

Entre esas recopilaciones está *La gallina que se volvió serpiente* (1977), donde el cuento que le da el nombre al texto está escrito por un jardinero de más de cincuenta años que reproduce una leyenda que le contaron en su infancia.

En 1990 reúne escritos sobre ancianos, narraciones maravillosas, parodias de leyendas, cuentos que hablan del terror y la soledad (algunos ya habían salido en *La Jaula*, *La Cucaracha* y *Circulen caballeros circulen*) y publica *Los ancianos y las apuestas*.

De puerta en puerta (1956), *Atá el hilo y comen-zá de nuevo* (1960) son dos ejemplos de cómo el autor se introduce en la lírica. Su poesía, las fábulas en verso, los versos irónicos destacan la capacidad de "jugar" con la muerte, obsesión que en él fue una constante y no sólo en la poesía. A "Madame le Mort" le dedicó un caudaloso imaginario como forma de



exorcizar sus miedos.

Entre su lenguaje metafórico y su sensibilidad se dibujan temas cotidianos, historias absurdas y una comprometida ideología a la que nunca traicionó. Podemos mencionar *El Gran Paraguas*, libro heterogéneo de poemas: "Donde se cuenta la historia de un hombre que se peleó con su hígado", "La cáscara de Banana", "El presidente", "Estado de sito" y "La Guerra".

Su universo para niños.

En 1938 En coplas, poemas y canciones aparecen tres juegos para niños dedicados a una nena "Alicia Clotilde" donde sapos, ranas y "El Gallo Pinto" hacen su primera aparición. En 1944 *El Gallo Pinto* se independiza y toma cuerpo en un libro de poesías que alude a un personaje que es algo más que eso: es la veleta de La Andariega.

Mucho de su material para adultos, principalmente aquel entroncado en la oralidad, tuvo la aceptación de los niños, por ejemplo, "Cuentos y Leyendas", los primeros que despertaron el interés de los chicos y más tarde se reeditan con el nombre de "Los sueños del Sapo".

El universo creado por Villafañe se multiplica en cada libro. *Historia de Pájaros* (1957) recupera las leyendas populares dedicándole un capítulo a cada especie. Están presente el mito, la mística y los miedos, tal vez incursionando en un género que en la actualidad muy pocos abordan.

En Mérida, Venezuela, recoge miles de cuentos directamente de la boca de los chicos, los selecciona y los publica en *Los cuentos que me contaron* (1970).

Posteriormente, en España, reúne relatos mágicos, absurdos, truculentos y míticos en *Los cuentos que me contaron por los caminos de Aragón* y *Maese Trotamundos por el camino de don Quijote*.

Niños y títeres, muerte y vida, fantasmas y demonios, sapos y zorros; todos inmersos en un mundo comprometido en el que Javier, "ateo gracias a Dios", entrelazó temas de inmenso humanismo: la soledad, el amor, los encuentros, las preocupaciones de los hombres, con las reflexiones sobre la existencia. Cuando el narrador se implanta, su mensaje crea vínculos, propio de un hombre creativo que intenta cambiar el mundo.

Cada personaje nos despierta sentimientos, cada sentimiento nos introduce en una historia, cada historia nos enciende un sueño, cada sueño nos dibuja un títere y cada títere nos remite a su titiritero, quizá el mismo que un día le escribió a la muerte, tal vez sin pensar, o seguramente pensándolo, que la alegría de contar nunca muere.

1- Villafañe Javier: *Los ancianos y las apuestas*. Buenos Aires, Sudamericana, 1990. Pag. 27.

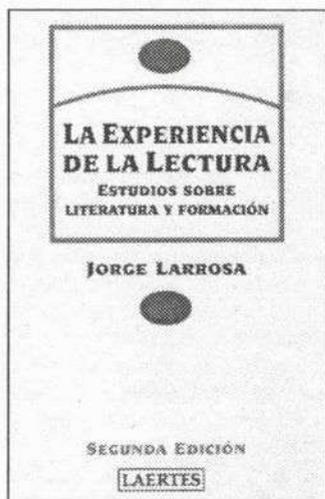
2- Rodari Gianni: *Gramática de la Fantasía*. Buenos Aires, Colihue, 1995. Pag. 162.

Bibliográficas

TEORIA

por **Gustavo Bombini**

Jorge Larrosa: *La experiencia de la lectura*. Estudios sobre literatura y formación, Barcelona, Laertes, 1998 (2ª edición).



Leer a Jorge Larrosa supone una experiencia –diría– apasionante tanto para aquellos preocupados por la educación como para quienes tienen a la lectura y a la literatura como objetos de desasosiego y preocupación. La pedagogía necesita renovar su repertorio de categorías y entre ellas, la de subjetividad, constituye un punto de apoyo clave para poner de relieve aspectos interesantes de complejos procesos sociales. Por su parte, la historia y la crítica literarias tienen seguramente como desafío constante revisar sus “entradas” teóricas y, como en el caso de esta publicación, la perspectiva interdisciplinaria permite vislumbrar rasgos significativos de una experiencia compleja: la práctica de la lectura. Sin duda, el libro de Larrosa viene a enriquecer un panorama alentador respecto a una sostenida producción en torno al tema de la lectura. No podemos no citar, por ejemplo, los trabajos de Anne Marie y Roger Chartier, Jean Hebrard o Guglielmo Cavallo o Robert Darnton sobre la historia de la lectura, las reflexiones de Mi-

chel de Certeau en torno a la lectura entendida a través de la sugestiva metáfora de la cacería furtiva o los análisis de Pierre Bourdieu sobre la comprensión de la lectura en *Las reglas del arte*, así como los aportes desde la psicología cognitiva de Jerome Bruner en su excelente libro *Realidad mental y mundos posibles*. Frente a este rico panorama nos preguntamos qué viene a decirnos de nuevo, entonces, Jorge Larrosa –Profesor de Filosofía de la Educación de la Universidad de Barcelona–, autor de numerosos artículos y compilaciones sobre ideas pedagógicas, filosofía y literatura.

Desde su título, el libro de Larrosa parece hacerse cargo de un binomio que resuena, por lo menos, anacrónico. “Literatura” y “formación” parecían dos términos de ya escasa vinculación que reencuentran en el trabajo histórico y filosófico de Larrosa un nuevo punto de convergencia y reconsideración. Postular que la lectura es formación exige una recreación semántica de este último término que busca contradecir sentidos plenamente instalados en el sentido común. La lectura debe concebirse –postula Larrosa– “como algo que nos forma (o nos de-forma o nos transforma), como algo que nos constituye o nos pone en cuestión en aquello que somos”. Desde esta perspectiva, la lectura no es “mero pasatiempo” o “un mecanismo de evasión del mundo real y del yo real” ni “se reduce tampoco a un medio de adquirir conocimientos”. Por el contrario, la ecuación a la que apuesta Larrosa es la que liga de manera íntima “texto” con “subjetividad”, en el marco de considerar a la lectura como una experiencia: la posibilidad de consumir el arte de manera que deje en nosotros una huella: algo “nos conmueve en lo íntimo”.

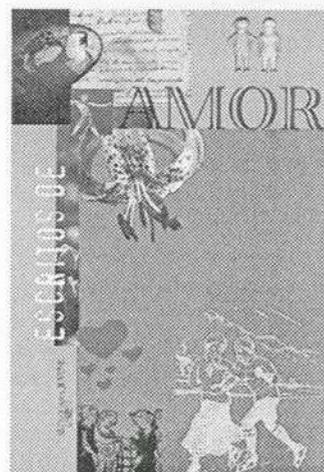
Filosofía, pedagogía y literatura se ligan de manera vigorosa, por eso, en compañía de Larrosa, tan pronto, sabemos (o vivimos) acerca de la lectura en textos de Platón, Descartes, Rousseau, Nietzsche, Hegel, Benjamin o Foucault como en recorridos por textos de Montaigne, Proust, Goethe, Schleiermacher, Schlegel,

Hölderlin, Novalis y Handke. La enciclopedia de Larrosa –palabra seguramente poco grata para un nietzscheano como él– es vasta y nos demuestra contundentemente que pensar el tema de la lectura no se agota en perspectivas sesgadas disciplinariamente. Las fronteras disciplinares se desdibujan y en la huella de sus antiguos muros se construyen nuevos y vitales modos de reflexión.

FICCIÓN

por **Sandra Comino**

Escritos de Amor, Antología, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.



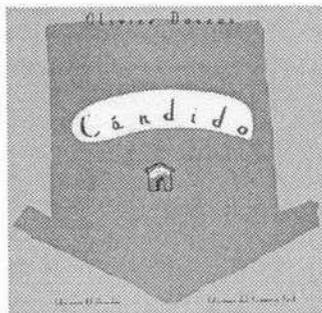
Esta colección de fragmentos compone un libro de notables autores y muestra una parte de la mejor literatura que habla sobre el amor, como cosecuencia ofrece la posibilidad de complementar esas lecturas recurriendo a los textos originales.

En este singular corpus de voces románticas están presentes Isidoro Blaisten, Oliverio Girondo, Eduardo Galeano y Juan Gelman. Las poesías más conocidas de Bécquer, Rubén Darío o Francisco Luis Bernárdez se entrecruzan con: Aristófanes de “El banquete o del amor” de Platón, las reflexiones de una mujer en el “Diario de Adán y Eva” de Mark Twain, el amor de Romeo y Julieta, la deses-

peración de Werther, con los anhelos de Madame Bovary. Además, letras de canciones como *Muchacha (ojos de papel)* –Spinetta, *Bésame mucho* –Consuelo Vázquez- y *Receta para un filtro de amor infalible* –Serrat-, conviven con los amantes desconocidos de Alejandro Dolina, una carta del correo de lectores de la revista *Nocturno* de la sección “Hablemos claro” de Tita Merello con Quino, grafitis, reflexiones de Roland Barthes y Erich Fromm.

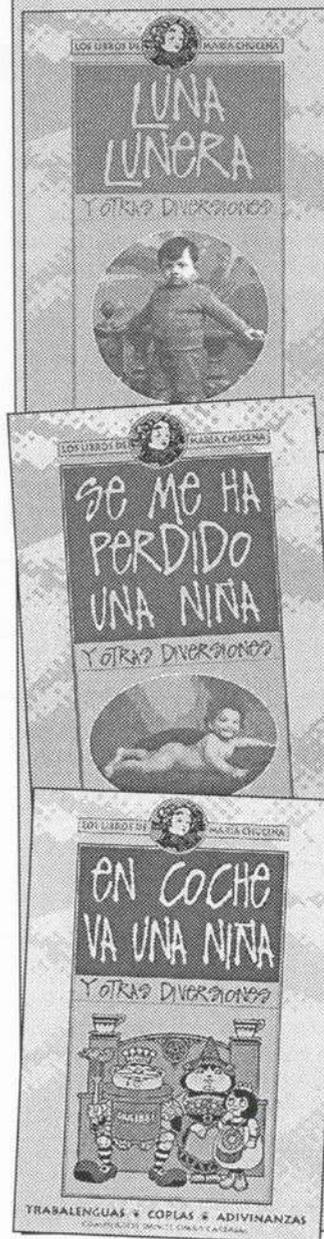
La estética del libro es atractiva. Cada página tiene un diseño y una disposición del texto que juega, por un lado, con diferentes tipos de letras en distintos tonos de negro, y por el otro, con ilustraciones y párrafos, ondulados o amorfos, sugiriendo así una idea de movimiento.

Olivier Douzou: *Cándido*, Buenos Aires, 1999, Ediciones El Hacedor-Ediciones del Cronopio Azul.



A veces, aunque un tema sea sencillo, desconcierta y el misterio –como bien dice Edgar Allan Poe- puede llegar a ser “... un poco demasiado sencillo”. *Cándido* se perdió. La señora Ida, su dueña lo busca: “Puso todo patas para arriba, hizo lo imposible removió cielo y tierra y lo llamó a viva voz; pero...” Y la historia avanza y el peligro es no tomar al pie de la letra el texto que da vueltas y queda patas para arriba y el fin llega de una forma inesperada, original y creativa. El francés Olivier Douzou, propone un arte sencillo que vislumbra una gran reflexión. El planteo es: ¿esconder sin ocultar?, ¿ocultar sin esconder? Todo puede no ser y ser al mismo tiempo. *Cándido* no está, pero permanece dentro del radio de su búsqueda. La clave está en la observación, el resultado del rastreo está al alcance de la vista. Hay indicios de cómo hallar a *Cándido*, Propuesta creativa e interesante edi-

Los libros de María Chucena



En el contexto de los nuevos libros editados para niños hay una colección que reúne, en seis pequeños tomos, trabalenguas, coplas y adivinanzas de la tradición europea y latinoamericana. *Se me ha perdido una niña*, *María Chucena*, *La naranja se pasea*, *Buenos días su señoría*, *En coche va una niña* y *Luna Lunera* retoman en sus títulos y en sus páginas los dichos más representativos de nuestra cultura. En efecto, Los libros de María Chucena, editados por Caligraf, intentan bucear en los juegos con palabras del pasado, que llegaron hasta nuestros días gracias a la transmisión oral, que circularon de generación en generación. Su compilador, Daniel Omar Carbajal, realizó un exhaustivo y pormenorizado trabajo de investigación en el que no faltan tampoco los cuentos de nunca acabar, las canciones, los colmos y retahílas. El criterio de la selección hace que el folklore oral aflore inmediatamente ante el lector de estos textos. ¿Quién no escuchó alguna vez el trabalenguas que dice: “En un triste trasto/tres tristes tigres/tragan trigo/en un trigal”. ¿Quién no fue, alguna vez, levantado de la cama por su mamá con la canción que comienza: “Arriba Juan, arriba Juan, /vamos a la escuela...?” ¿Quién no rió alguna vez con las coplas: “En el medio de la mar-/suspiraba una alpagata/y en el suspiro decía:/ ¡Cómo te apestan las patas!”.

Además, la edición viene acompañada por viñetas antiguas, que sumergen al lector en el mundo mágico de los juegos de otras épocas. Cada tomo ofrece al lector una selecta bibliografía, fundamental no sólo para los especialistas, sino también para aquellos que se quieran iniciar en el tema. Los Libros de María Chucena propician el intercambio cultural y lúdico entre los adultos y los niños, a la vez que revalorizan la importancia de la palabra y perpetúan la memoria de las tradiciones.

Nora Lía Sormani

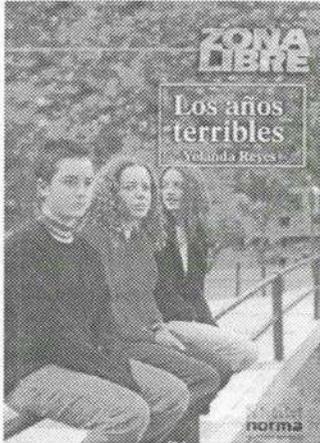
tada en Argentina con una calidad y una estética impecables. Argumento e imágenes cuentan una historia que depende de la ilustración y muestran una ilustración que condiciona la historia.

Yolanda Reyes: *Los años terribles*, Colombia, Grupo Editorial Norma, 2000. Colección Zona Libre. Pregunta: ¿Qué son frases automáticas? Respuesta: “frases gastadas que se dicen en familia aunque nadie sepa bien qué significan. Por ejemplo: ‘Pobre Carmencita’ o ‘sí po-

bre qué vida”.

Otra pregunta: ¿Qué es ser importante? Respuesta: “Carmencita, la mamá de Lucía, es importante tal vez porque ha sufrido mucho, pobrecita. Y también porque es mandona como su hija”.

La novela tiene tres narradoras bien diferenciadas: Juliana, Valeria y Lucía, tres cabos de una trenza que se tejerá a lo largo de la historia de *Los años terribles*. Estos años pueden ser más o menos “terribles” según quien los cuente. Las tres voces transitan, con una crítica mirada hacia los adultos, la familia y la socie-



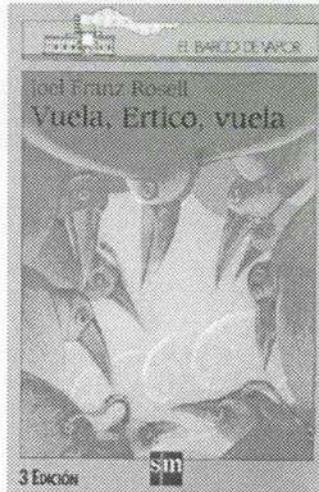
dad, los años púberes plateando, sin tapujos, las contradicciones de la vida y de los seres humanos.

Yolanda Reyes, en su relato, muestra la peculiaridad de los lugares comunes sin caer en polarizaciones habituales, y los aborda desde tres puntos de vista enfrentados. La soledad que padecen los personajes, aún en familia, está reflejada en la escritura por poesías, letras de canciones - de Fito Páez, Serrat y Mecano, entre otros-, que le sirven a la autora para

definir estados de ánimo.

Los buenos no son totalmente buenos y los malos no lo son tanto, como en la vida.

Joel Franz Rosell: *Vuela, Ertico, vuela*, Madrid, SM, 1998. Colección El Barco de Vapor.



Ertico tiene una abuela "formidable y fuera de toda comparación" que es-

tá dispuesta a hacer cualquier cosa para que él pueda ser feliz. Es una abuela especial aunque "en el mercado era como las otras viejecitas, con su chal y su carro de la compra, quejándose de la calidad de las lechugas y de que la pensión no daba para nada".

La abuela teje y desteje, casi como Penélope, pero por otros motivos. Las prendas tejidas son: una bufanda, un gorro, un par de medias y el hilo pertenece a una vieja alfombra. El secreto está en la magia que ocasionan los objetos; sin embargo, al cabo de un tiempo hubo que retejer la alfombra, que también es mágica, y se expresa con "...su olor, sus colores, el dibujo formado por su tejido y ciertos movimientos especiales". La escritura de Rosell es rica en imágenes y entabla todo el tiempo un juego de comparación con las emociones y los olores. Hay una exploración de la palabra en el texto, una escritura sutil que dice cosas más allá de lo escrito. Con guiños al lector en apelaciones continuas para involucrarlo, Rosell expone una lectura entre líneas y logra un mundo subjetivo y mágico con elementos de la realidad.

RECOMENDADO

El Príncipe Feliz

Oscar Wilde. *El príncipe feliz*. Traducción de Jorge Luis Borges. Ilus. por Carlos Nine. Buenos Aires, Emecé, 1999.



La estatua de un príncipe, feliz, en apariencia, y una golondrina que se queda en la ciudad cuando sus amigas emigran a Egipto y que, finalmente, quedará al lado del príncipe. Desde la altura el príncipe le dirá: "veo toda la fealdad y toda la miseria de la ciudad, y aunque mi corazón está hecho de plomo, lloro."

Una historia de amor, y de orgullos y egoísmos desvanecidos. Una trama que entreteje las vidas de pobres y ricos en esa ciudad que describe; un autor que sabe de injusti-

cias, y con un lenguaje increíblemente poético corre el velo de las apariencias.

Esta nueva y cuidada edición de *El príncipe feliz*, más que un relato, un poema en prosa, ofrece un renovado encuentro con Oscar Wilde, gracias a la precoz y desconocida versión que Jorge Luis Borges hiciera a los diez años de edad.

Bellísimas ilustraciones de Carlos Nine contribuyen a crear la magia y poderoso realismo a la vez, que habita en este poético relato para niños y grandes.

Elisa Boland

Estela Sáenz de Méndez: *María de las Islas*, Buenos Aires, Sudamericana-2000. Primera Sudamericana.



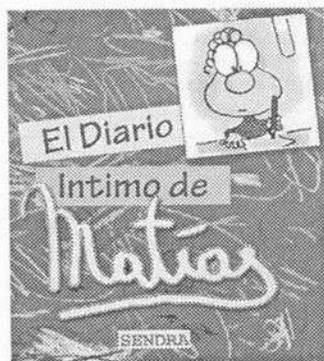
María Vernet, es la esposa del primer gobernador militar y político del archipiélago de las Islas Malvinas, Tierra del Fuego e Islas Adyacentes, una mujer que decidió seguir a su esposo -embarazada y con tres hijos- hasta las islas, en 1829.

Estela Sáenz de Méndez recrea, a

través, del diario íntimo de María un perfil de heroína de épocas pasadas. La vida de otro tiempo en un inhóspito lugar, cerca del océano, es parte de la rutina que se amalgama con historias de dolor y pasión. Los ataques a las loberías por parte de depredadores clandestinos, que irrumpían en las costas, la desprotección del gobierno argentino hacia Vernet, que sólo contaba con algunos criollos, la piratería, los bandoleros, la caza ilegal se contraponen con: la vida en familia, la acogedora biblioteca de Vernet, la fabricación de velas, la medicina natural, los paseos de las mujeres con sus niños.

El paisaje desolado y la fuerza avasallante de María son parte de un mismo relato muy intimista. Esta novela histórica permite esbozar sutilmente la superioridad de los gobernantes con respecto a los criollos indios y negros, la bondad de María para con su gente, la pasión criolla por defender las islas y la esperanza de hechar raíces en las lejanas tierras.

Sendra: *El diario íntimo de Matías*, Buenos Aires, 1999, Granica.



El diario de Matías puede llegar a ser una gran novela de humor, de ingenio y de enredos. Matías decide escribir un diario, porque le regalaron uno para el cumpleaños, junto a una cámara de fotos sin rollo, unos lápices sin papel y otras cosas que no podrá utilizar. Para colmo de males, el diario es de nena y lo cambia por varias cosas hasta llegar al cuaderno donde escribe, cuyo título es "El ombligo observador".

El relato, acompañado por un collage de fotos y reflexiones, consta de dos partes: una manuscrita y desordenada y otra más formal en letras impresas minúsculas, con un hilo narrativo, que gira en torno a temas que tienen que ver con el sexo, los

malos entendidos, la incomprensión, la genitalidad; temas tabúes que Sendra dispara en doble sentido con un humor fresco y espontáneo y al mismo tiempo con una visión desde el mundo infantil muy cuestionante. El ingenio, el disparate, lo ingenuo construyen una historia entre Matías y Tatiana, en un mundo con pocos adultos y todos egoístas.

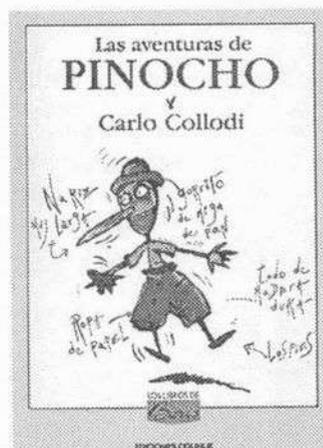
Los grandes que rodean a Matías no tienen tiempo de escuchar a los chicos. La palabra del adulto está presente en el relato a través de aquello que censuran. Matías tiene obsesiones y temas recurrentes en su vida cotidiana: el pito, Cristobal Colón y aquello que a las personas grandes les gusta censurar. Imperdible.

CRITICA

Los libros de Boris Un aporte único

En nuestro país son frecuentes las publicaciones de libros destinadas a difundir los clásicos infantiles de todos los tiempos en versión castellana. Sin embargo, hay una colección que los edita en traducciones a cargo de nuestros grandes escritores de literatura infantil. Se trata de la Colección *Los Libros de Boris*, de Editorial Colihue.

Los Libros de Boris vieron la luz en 1995 con la publicación de *Aventuras y desventuras de Casiperro del Hambre*, texto original de Graciela Montes. Sin embargo, desde 1996 la colección estuvo enteramente dedicada a la traducción de clásicos universales. Así, Graciela Montes traduce a Mark Twain en *Las aventuras de Huckleberry Finn* y al Lewis Carrol de *Alicia en el país de las maravillas* y *Cuando Alicia atravesó el espejo*; Laura Devetach y Gustavo Roldán realizan una excelente versión de *Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi;



Alma Maritano lo hace con Emilio Salgari y su *El corsario negro*.

Un condimento particular aportan los ilustradores Oscar Rojas, Nona Umberto, Ignacio Noé y Gustavo Roldán quienes, a través de su arte, cuentan, complementan y amplifican los mundos imaginarios de los textos. Además, para brindar información al lector, cada libro lleva en la solapa un comentario a cargo de algún especialista argentino, entre ellos, las mismas Graciela Montes y Alma Maritano, Ricardo Mariño y Mercedes Mainero.

Los Libros de Boris, nombre puesto en homenaje a Boris Spivacow, un emblema de los editores de libros en la Argentina, es única en nuestro país y permite acercar los textos en otros idiomas al lenguaje más cotidiano de nuestros niños. Por estos trabajos, tanto Montes como Devetach y Roldán fueron incluidos como traductores en el Catálogo Internacional Lista de Honor IBBY (International Board on Books for Young People, en 1998 y 2000, respectivamente), que reúne a los más destacados traductores del mundo.

Obras celosamente custodiadas por el manejo de la lengua y la literatura de importantes escritores argentinos, *Los Libros de Boris* no deben faltar en ninguna biblioteca.

Nora Lía Sormani

Premios Pregonero 2000

El día viernes 28 de julio a las 18 horas en la sala Mané Bernardo se entregará el Premio Pregonero, en el marco de la 11ª Feria Infantil y Juvenil del Libro.

El objetivo de este premio es dar público reconocimiento a los difusores de la literatura infantil y juvenil argentina, quienes desarrollan su vocación de manera persistente y, a veces, silenciosa, desde sus diferentes ámbitos de trabajo. La distinción consiste en una reproducción artesanal de la carreta del inolvidable titiritero Javier Villafañe.

En su 10ª edición, el Jurado, integrado por la escritora Sandra Comino, la narradora Juana La Rosa y el editor Oscar González, ha decidido entregar las tradicionales carretas Pregonero a las siguientes personas e instituciones:

PREGONERO DE HONOR

Graciela Cabal (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO A INSTITUCION

Sala Abierta de Lectura Tandil (Tandil, Pcia. de Buenos Aires)

PREGONERO A ESPECIALISTA

Mirta Colángelo (Bahía Blanca, Pcia. de Bs Aires)

PREGONERO A PERIODISMO GRAFICO

Juan Garff (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO A PERIODISMO RADIAL

La Hormiga en Zapatillas (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO A PERIODISMO TELEVISIVO

El Fantasma (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO A BIBLIOTECARIO

Claudia Dartiguelongue (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO A LIBRERIA/ LIBRERO

Librería Recreo (Puerto Madryn, Pcia. de Chubut)

PREGONERO A NARRADOR

Elva Marinangeli (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO A TEATRO

Libertablas (Ciudad de Buenos Aires)

PREGONERO ESPECIAL

Suplemento Infantil Cableniños, Agencia de Noticias Télam (Ciudad de Buenos Aires)

<http://www.imaginaria.com.ar>

Imaginaria

Boletín Electrónico Quincenal de Literatura Infantil y Juvenil

<p>Reseñas de libros</p> <p>Graciela Cabal, Silvia Schujer, Ema Wolf ...</p> 	 <p>Ricardo Mariño, Anthony Browne, Graciela Montes ...</p> <p>Datos de autores</p>	<p>Artículos, reportajes, comentarios ...</p> <p>Lecturas</p> 	<p>Miscelánea</p>  <p>Publicaciones, bibliografías, experiencias ...</p>	<p>Tolkien, Mafalda, Centro Internacional del Libro Infantil y Juvenil ...</p>  <p>Links</p>	 <p>Galería</p> <p>Tarjetas, posters, tapas, avisos raros ...</p>	<p>Eventos</p> <p>Cursos, premios, jornadas, ferias ...</p> 	 <p>Boletín de A.L.I.J.A.</p> <p>Novedades de la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina</p>
---	---	--	--	--	--	--	--

¡Recíbalo gratis en su email!

Envíe un email en blanco a: suscribirme@imaginaria.com.ar

Saldos & Retazos

por Elisa Boland

Los textos terribles

Los textos terribles. Aquellos que son o han sido transgresores en su propuesta, por ser diferentes, innovadores o porque resuenan en el prejuicio y pudor de sus lectores.

Pulgas que juegan con las palabras: Las pulguitas querían cantar su canción preferida y no podían entender por qué a su mamá no le gustaba. La mamá intenta enseñarles otras canciones y, finalmente triunfa la combinación de una y otra canción, con una rima que deja desahuciada a la mamá y muy contentas a las pulguitas.



Roldán, Gustavo. **La canción de las pulgas.** Buenos Aires, Colihue, 1991, (Cuentos del Pajarito Remendado).

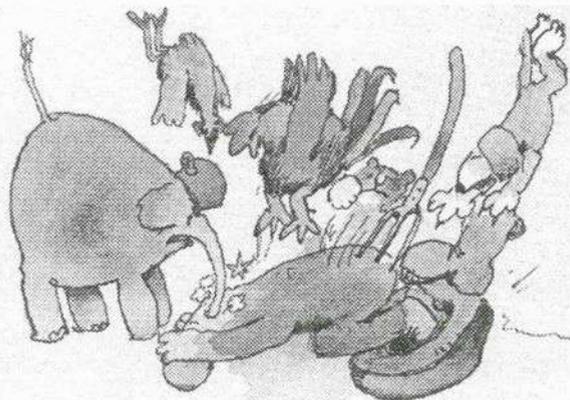
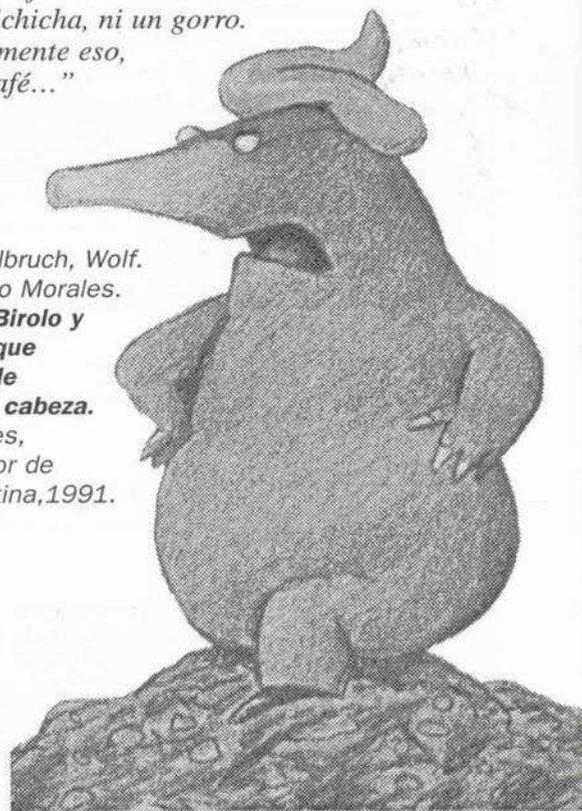
¡Ay! Señor Korbes ¡qué interesado!: El señor Korbes, un señor mayor, quería besar a gallinita, a quien había conocido en un baile. Allí la invitó a su casa a comer pasteles. Gallinita se lo contó a su novio gallo y éste a otros animales, y todos fueron a comer pasteles. Después de la comida, el

Señor Korbes dijo:
—Pero yo quiero besar a gallinita. Aquí nada es gratuito.
—¿Cóooooo diiiiice?— gritaron todos y le dieron una lección.

Janosch. **El Señor Korbes quiere besar a gallinita.**
Tr. María Elena Walsh. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
(Veo-Veo, Mi primera biblioteca).

Algo cayó sobre la cabeza del Topito: “Un día, mientras el Topito Birolo se asomaba para ver si ya había salido el sol, sucedió que... ¡plop! Redondo y café era eso. Pero eso no era una salchicha, ni un gorro. Era simplemente eso, redondo, café...”

Holzwarth,
Werner y Erlbruch, Wolf.
Tr. Francisco Morales.
Del Topito Birolo y de todo lo que pudo haberle caído en la cabeza.
Buenos Aires,
Centro Editor de
América Latina, 1991.



TEXTOS DE LA SERIE "HERODES"

Aquellos adultos tan elocuentes

"El extranjero que visita nuestra ciudad, acostumbra sorprenderse al hallar por todas partes en las calles chicos haraposos y barullentos de los cuales muchos no alcanzan a los seis años de edad.

La primera y más fuerte impresión demográfica que reciben los extranjeros al pisar por vez primera a Buenos Aires, es el más legítimo asombro por esas bandadas de chiquillos, que como las palomas en campo recién trillado, revolotean por todas partes, llenan los portales de las casas, pululan por calles y veredas, hinchan los jardines, abarrotan los tranvías, se apelmazan en las escuelas y dan, en ciertas casas de los suburbios, la idea de hormigueros reventados que salen a expandir ante el sol la superabundancia de su vida."

Gabriel Carrasco, el demógrafo argentino más prestigioso de principios del siglo XX.

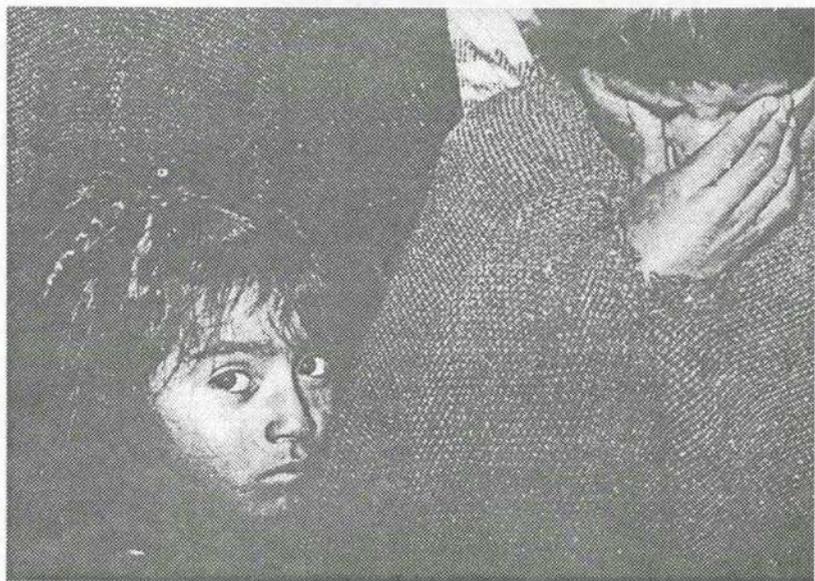
"Conviene a todos evitar la vecindad de un niño en el tranway, sobre todo si no se tiene un cepillo a mano".

Sierra, J.M. "El arte de viajar en tranway". En: Revista P.B.T. Año II, N°44, 22-7-1905, pág. 67.

En el mismo sentido, uno de los inspectores escolares destacados en los barrios alejados del centro de la ciudad relataba que más de una vez, al entrar a una sala de clase durante sus visitas de inspección higiénica, había sentido "desagradablemente impresionado el olfato por emanaciones que el órgano educado me re-

velaba como de origen animal".

López Cabanillas, Vicente. "Sobre la higiene corporal del escolar". En: El monitor de la Educación Común. Año XIII, N° 251, 31-8-1894, pág. 1032.



"Niño: eres la luz que alumbra a tu hogar con colores de alegría y de esperanza; no te apagues. Tal vez llegues a brillar como un faro inmenso, si se realizan las aspiraciones de quienes guían tus primeros pasos. Pero si tus padres te faltan, si esta santa institución no puede ampararte; si tus manos criminales o las ideas de tu cabeza delirante han de iluminar los horizontes de tu Patria con resplandores de incendio...apágate más bien."

Bartolomé Novaro, entre otras cosas fue presidente del Círculo Médico Argentino, de la Sociedad Científica Argentina y socio fundador de la Cruz Roja.

Fragmentos citados en el libro Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890/1910) de Eduardo O. Ciafardo y publicado por Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992. Colección Biblioteca Política Argentina N° 361.

Poesía: Transformación y Libertad

Escribir esta nota persigue como objetivo reflexionar juntos acerca de una cuestión, a la que no resulta fácil dar una respuesta. Acaso alguna vez nos hayamos preguntado si vale la pena privilegiar el lugar de la poesía en una sociedad proclive a escindir los valores fundamentales de la condición humana, los cuales se enfrentan contra diversas vallas que fracturan la unidad entre emoción y razón.

por **Cristina Pizarro**

RASGOS DEL POEMA Y SU AFINIDAD CON ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DEL MUNDO INFANTIL

El punto de partida, para construir una rauda mirada sobre el tema, se asienta en que el poema está muy cercano a lo genuino de los niños, desde varios aspectos relacionados con la actividad poética, el poder mágico del lenguaje, el ritmo, el sentido y la imagen.

La actividad poética, es siempre innovadora, a veces, revolucionaria; se inicia como transgresión y violencia sobre el lenguaje. A través del desarraigo de las palabras, se logra conquistar una pluralidad de significados. Se nutre del habla viva de su entorno y su eco la hace trascender hacia otro espacio de armonía universal que está más allá del lenguaje.

El universo lingüístico está constituido por unidades significativas. Los niños no tienen conciencia de palabras; no pueden aislarlas. Escuchan, piensan y se expresan en bloques significativos. El poema posee el mismo rasgo de indivisibilidad. Es una totalidad cerrada sobre sí misma. La célula del poema es la frase poética. La figura geométrica que lo simboliza aparece como un círculo o esfera, el fin es también un principio que vuelve, se repite y se recrea.

El poder mágico de las palabras es una reminiscencia de nuestras creencias más antiguas: la naturaleza está animada. La operación poética se asemeja al conjuro, al hechizo y otros procedimientos de la magia, pues ambos utilizan el principio de analogía. Magos, poetas y niños extraen sus poderes de sí mismos. No es suficiente un acopio de conocimientos, se requiere de una fuerza interior que siempre está a la búsqueda de descubrir nuevos senderos para dar a luz una visión secreta del cosmos. Los rituales nos muestran que es imposible disociar el ritmo del sentido. El ritmo fue un procedimiento mágico con una finalidad inmediata: encantar, exorcizar y aprisionar ciertas fuerzas extrañas.

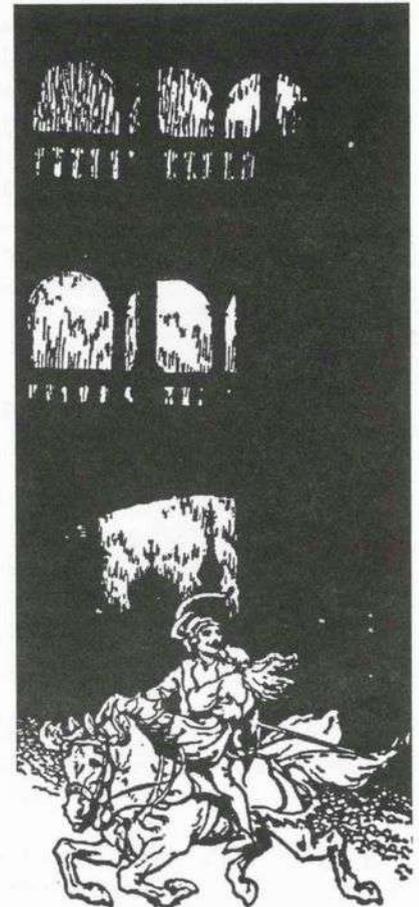
El ritmo es algo más que medida vacía de conte-

nido, algo más que tiempo dividido en porciones. Todo ritmo es sentido de algo; es un ir hacia, es una dirección, es tiempo original. También el ritmo es "nosotros mismos".

Cada sociedad posee un ritmo propio; es decir, cada ritmo es una actitud espontánea del hombre ante la vida; implica una visión concreta del mundo diferente y particular.

El tiempo del poema es distinto al tiempo cronométrico. Para el poeta lo que pasó volverá a ser. El poema es tiempo arquetípico, que se hace presente apenas unos labios repiten sus frases rítmicas.

Aunque durante el período de la infancia, la noción de la estructura temporal es difusa, desde una perspectiva filosófica, consideramos que el tiempo se destruye y, al destruirse, se repite. En consecuencia, cada repetición es un cambio. Esta mutación también se produce en la vida del niño, muchas veces incentivada mediante lo lúdico que refuerza la configuración de lo real y lo fantástico y, al mismo tiempo, contribuye al carácter histórico de la existencia. El ritmo poético se convierte en la actualización de un pasado que es futuro y que es un presente: nosotros mismos. La frase poética es tiempo vivo, concreto. Ciertamente, ese ritmo es tiempo ori-



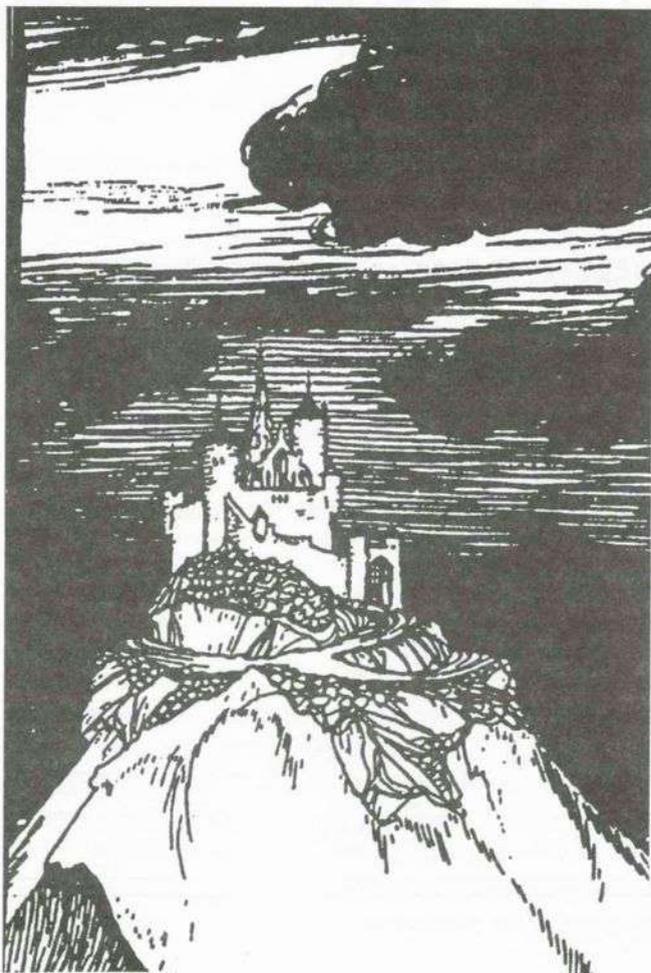
ginal, perpetuamente recreándose.

La imagen poética posee autenticidad, surge de las vivencias profundas y constituyen una realidad válida por sí misma. Reproduce la multiplicidad percibida, recrea el sentido de las experiencias reales y produce innovaciones a partir de lo representado.

TRANSFORMACION Y LIBERTAD

La poesía es metamorfosis. Afirmamos, con total convicción, que favorece el ejercicio de la libertad, a través de numerosas alternativas en sus procedimientos semánticos, en la elección sincera, responsable y comprometida con las estructuras del lenguaje. Revalorizamos su cualidad para provocar la transformación del hombre, intentando que logre ser "él mismo", después de que la poesía haya penetrado en la intimidad de su ser.

Cristina Pizarro es escritora, docente e investigadora. Autora de varios libros de poesía.



COLIHUE 2000 novedades

Colección MUSARISCA

Dirigida por Jorge Boccanera

- **El gozante**, Antología poética de Manuel J. Castilla
- **Largo día de cólera**, Antología poética de Leopoldo Marechal
- **Los poetas del tango**, Antología



Colección LOS LIBROS DE BORIS

- **Poesía argentina para chicos**, Selección y notas de María de los Ángeles Serrano
- **Las Mil y Una Noches Argentinas**, Juan Draghi Lucero

Colección PUÑALADAS

Dirigida por Horacio González

- **República de la Tierra**, Globalización: el fin de las modernidades nacionales, Fernando A. Iglesias



EDICIONES DEL SOL

Dirigida por Adolfo Colombres

BIBLIOTECA DE CULTURA POPULAR

- **Proverbios africanos**, Mwambu Cabakulu
- **Los cuentos de Amadou Koumba**, Birago Diop



Su autor pinta a los hombres y animales de África tal como estos son percibidos desde la mirada africana, lo que refuerza la autenticidad y universalidad de este libro, que posee ya la pátina de los grandes clásicos.

EDICIONES COLIHUE
LIBROS QUE HACEN CAMINO

Av. Díaz Vélez 5125 (C1405DCG) Buenos Aires
Telefax (líneas rotativas): 4958-4442 / Fax directo: 4958-5673
E-mail: ecolihue@infovia.com.ar

Publicaciones recibidas

Libros

Ficción

- **El Extraño**, K. A. Applegate, Buenos Aires, Emecé, 2000. Serie Animorphs.
- **Luli, una gatita de ciudad**, Mempo Giardinelli, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- **Cuentos con fantasmas y demonios. De la tradición judía**. Ana María Shúa, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- **Palabristas**, Lucía Laragione, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- **Piedras volando sobre el agua**, Marcelo Birmajer, Buenos Aires, Alfaguara, 2000.
- **El grito**, Sandra Siemens, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998. Primera Sudamericana
- **Señoritas**, Louisa May Atcott, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1998, 2000. Primera Sudamericana.
- **¡AJJ...!** Sandra Filippi, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000.
- **El microscopio de Nicolás**, Alberto Pez, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma. Ilustraciones María Cristina Brusca.
- **Tecitos de lágrimas de dragón**, Alberto Pez, Colombia, Grupo Editorial Norma, 2000.
- **La bolsa o la vida**, Hazel Townson, Madrid, Anaya, 1997. Sopa de libros.
- **Sobre Brujas no hay nada escrito**, Bárbara Hirsch y Narcisa Hirsch. (edición de autor).

Ensayo

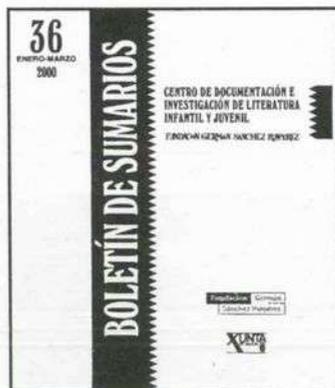
- **Narrativa española actual**, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1990. Colección Estudios.
- **Hábitos de Lectores y Animación a la Lectura**, coordinadores: Pedro Cerrillo, Jaime García Padrino, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1996. Colección Estudios.
- **Educación en Cultura**, Héctor Ariel Olmos, Ricardo Santillán Güemes, Buenos Aires, Ediciones Ciccus, 2000.
- **Historia de lo Medios. De Diderot a Internet**, Frédéric Barbier, Catherine Bertho Lavenir, Buenos Aires, Colihue, 1999.

El "Boletín de Sumarios" es una publicación periódica del Centro de Documentación e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil que edita en España la Fundación Germán Sánchez Ruipérez. En él se incluye información y sumarios de numerosas publicaciones especializadas en literatura infantil y juvenil de

distintas partes del mundo.

**Fundación
Germán
Sánchez
Ruipelez:**

Peña Primera,
14 y 16 -
37002
Salamanca,
España



CONGRESOS

27º Congreso Mundial IBBY

Se realizará en Cartagena de Indias. Del 18 al 22 de septiembre del 2000.

El tema de este Congreso será: El nuevo mundo para un mundo nuevo. Libros infantiles para el nuevo milenio.

Información: Fundalectura Av. 40 N° 16-46

Teléfono 320-1511 Fax 287-7071

Bogotá D.C., Colombia. E-mail fundalec@impsat.net.co

PREMIOS & distinciones

Istvan recibió la Primera mención del premio "Utopía Latinoamericana", del 27º Congreso Internacional del IBBY (International Board on Books for Young People), organizado por Fundalectura, en Cartagena de Indias, Colombia. ¡El único argentino distinguido!

El escritor **Germán Cáceres** recibió la *Faja de Honor SADE*, en Literatura Infantil y Juvenil, por su libro *Traficantes de la selva*.

UN DIA EN LA VIDA



